ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

# LA FUENTE DEL OLVIDO,

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

DE

D. TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.)

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1872.

# LA FUENTE DEL OLVIDO.

# LA
# FUENTE DEL OLVIDO,

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

DE

**D. TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.**

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.)

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1872.

| PERSONAJES. | ACTORES. |
| --- | --- |
| LAURA, condesa del Sauce....... | D.ª Matilde Diez. |
| MARÍA......................... | D.ª Clotilde Lombia. |
| ELADIA........................ | D.ª Mariana Chafino. |
| FLORENTINA.................... | D.ª Dolores Martinez. |
| EL GENERAL D. GONZALO DE CIENFUEGOS................ | D. Manuel Catalina. |
| DOCTOR OLIVARES............ | D. Florencio Romea. |
| RODELA...................... | D. Mariano Fernandez. |

La accion pasa en uno de los establecimientos balnearios de los Pirineos.

# ACTO PRIMERO.

Rotonda con tres puertas en arco que dan salida á otras tantas galerías abovedadas.—Una en el foro y otra en cada uno de los costados.—En el centro una fuente de taza con surtidor de agua corriente, y pilon circular, cuyo borde estará ornado con macetas de flores.—En los entrepaños de las puertas, divanes de baqueta.—En lugar conveniente sillas, una mesa y un estante.

Aparecen OLIVARES hojeando un libro grande de registro que habrá sobre la mesa; despues examina algunas tarjetas que hay amontonadas sobre la misma: MARIA, al lado opuesto haciendo una labor ligera, y FLORENTINA echando agua á las macetas con una regadera pequeña.

## ESCENA PRIMERA.

OLIVARES, MARÍA y FLORENTINA.

OLIVARES. Esto va muy bien; no pinta mal la temporada. Nos hallamos en la primera quincena, y hay apuntados ya quinientos doce bañistas en el libro. Buen año! Ademas hay que incluir los que ayer enviaron este monton de tarjetas. (Recorriéndolas.) «Roque de Urrutia, Dolores Fuertes y Señoritas, el dean de Calahorra, el duque de Cinabrio, la marquesa del Tiron, la vizcondesa del Junquillo...» No tengo tiempo para

verlas todas. (Mirando el reloj.) ¿No digo? las ocho. Pero es gente muy granada, personas distinguidas que no tendrán el mal gusto, al despedirse de mí, de sujetarse á la mezquina retribucion que señala el reglamento de baños.

FLORENT. Siempre pensando en el dinero!

OLIVARES. Hago bien, mi adorada Florentina: soy director facultativo de estas maravillosas aguas especiales para la curacion radical de cólicos, anémia, hipocondrias, catarros, bronquitis, esterilidad, escrófulas, hemoptisis, tísis, paralisis, reumatismos, oftalmias, sorderas... y las demas enfermedades que se engendran en lá region lumbar y aparato respiratorio: he cultivado largos años el estudio de la economía del indivíduo sobre el enfermo, el moribundo y el cadáver; y he conquistado esta plaza por oposicion, habiendo obtenido el tercer lugar en la terna, que es el generalmente destinado para revelar el verdadero mérito. Por todo lo cual me considero con un derecho indisputable á reclamar una remuneracion que dignamente corresponda á mis desvelos, á mis sacrificios y á mi ciencia. He dicho.

FLORENT. Como te dejen hablar...

OLIVARES. Diré verdades como templos. Pues no! que habré venido aquí para entregarme, como tú, al sentimentalismo en presencia de la flor, del arroyito y la mariposa...

FLORENT. (Con exaltacion.) ¡Amo la naturaleza en todas sus manifestaciones!

OLIVARES. ¡Yo el arte! revelado por las casas de moneda. Pero repito que no tengo tiempo para enterarme de quiénes son mis nuevos clientes... Mariquita? hija mia; ten la bondad, ya que posees una gallarda letra, de trasladar estos nombres al registro.

MARIA (Dejando la labor y acercándose á la mesa.) Con mucho gusto, papá. ¿Á qué tratamiento va usted á sujetarlos...

FLORENT. (Con ironía.) Al de siempre. Siete baños para empezar, y un vaso de agua por mañana y tarde de la *Fuente del Olvido.* Já!... já!...

OLIVARES. (Estirándose.) Florentina!... No desautorices con tus pullas estas aguas... que son nuestro patrimonio, ni hagas la oposicion al que las dirige... que al cabo es tu marido. Ese método lo empleo como observacion; porque las condiciones terapéuticas del líquido influyen poderosamente en los centros vitales, y aconsejan el diagnóstico que...

FLORENT. Já!... já!... já!...

OLIVARES. Te ries? Haces bien. Si yo no me empeñára en hablar de lo que no entiendes... (Reparando en una tarjeta que tiene en la mano.) ¿Quién es este don Gonzalo de Cienfuegos?

FLORENT. (Dando una carrerita y colocándose al lado de Olivares.) Un general, jóven todavía; muy elegante, y pálido... pálido...

MARIA. (Por el otro lado.) Y... tan simpático... ¡tan interesante!...

OLIVARES. (Remedándolas.) Tan interesante!... y... pálido!... pálido!...

FLORENT. Llegó anoche y se hospedó en una de las habitaciones principales.

MARIA. Y despues uno de sus criados trajo esa tarjeta.

OLIVARES. Hola!... criados... habitaciones principales... Pues ese lo ménos que me deja es una onza.

FLORENT. (Separándose. María se pone á escribir.) Hombre material!

OLIVARES. Á mucha honra! Si no fuera así, no sé cómo materialmente habría de componérmelas para atender á la materialidad de nuestro alimento, y á las materiales cuentas de tu modista.

FLORENT. Eh!... ya salieron los garbanzos y los pingos.

OLIVARES. (Furioso.) ¡Es que... (Encasquetándose el sombrero.) Pero ¡agur!

FLORENT. Como si lo viera; vas derechito á las habitaciones de

la Condesa del Sauce.

OLIVARES. (Deteniéndose.) Pues ya se ve que sí.

FLORENT. Esa ilustre enferma goza de un privilegio que hasta ahora no se había concedido á ningun bañista.

OLIVARES. Cuál?

FLORENT. El de que el digno director de las aguas sea con ella tan bondadoso, que descienda hasta el punto de convertirse en su bañero.

OLIVARES. (Alarmado y mirando en varias direcciones.) Florentina!... baja la voz... y no digas disparates. No he tenido la honra de conocer personalmente á la señora Condesa hasta que ha llegado al establecimiento, pero su madre... ¡su excelente madre!... que era riojana como yo, fué para mí una segunda Providencia. Ya te hablé de esto ántes de conducirte al altar. Merced á su generosa proteccion, pude tomar los grados de licenciado y doctor en medicina, aspirar á la posesion de esta plaza y de tu mano... que es la posesion que más me abruma...

FLORENT. ¡Cómo que...

OLIVARES. De felicidad!

FLORENT. Ya... sí!...

OLIVARES. Me parece que como hombre agradecido, no puedo hacer ménos por la hija de mi difunta protectora, que acompañarla hasta el cuarto de baño, examinar por mí mismo la graduacion del agua, y prodigarla en sus padecimientos los cuidados propios de mi profesion.

FLORENT. Cuidados que ella acepta con una satisfaccion visiblemente equívoca...

OLIVARES. (Interrumpiéndola y poniéndola una mano sobre la boca.) Mujer!... deja que tape este respiradero de Satanás...

FLORENT. Hum!...

OLIVARES. Y no seas mal pensada. ¡La señora Condesa! ¡Una de las primeras damas de nuestra aristocracia! tan severa, tan religiosa!... ¡Qué envuelta en lutos de una antigua viudez aún llora al esposo que adoraba,

y que dobló su ya pingüe fortuna eligiéndola por su universal heredera! Ella!... tan respetable con sus nevralgías y jaquecas... ¿pudiera, ni aun en sueños, ser capaz... Vamos!... vamos!... ¡hay cosas que... Dejémoslo aquí... y... (Mirando el reloj.) Voy á decirle que son ya las ocho y veinticuatro...

FLORENT. Bueno, vamos allá.

OLIVARES. (Dirigiéndose al fondo.) Como quieras; pero te aseguro que...

FLORENT. (Siguiéndole.) Sin embargo; yo me entiendo.

OLIVARES. Tú no entiendes de nada.

FLORENT. Ello dirá.

OLIVARES. Uf!!... (Desaparecen accionando y disputando por la galería del fondo.)

MARIA. (Escribiendo.) Pobre padre mio! Podría ser tan feliz!... es tan bueno!... pero mi madrastra es tan suspicaz... (Sale Rodela por la galería de la izquierda. Registra la escena y al reparar en María se quita el sombrero y se acerca al escritorio.)

## ESCENA II.

MARÍA, RODELA.

RODELA. ¿Hé su mersé er méico?

MARIA. No señor.

RODELA. Pus lo ciento.

MARIA. Por qué?

RODELA. Po que, lo ques yo, no tendría ningun intreválo en confiasle la cura de toa la endividualiá de mi presona. ¡Viva lo güeno!

MARIA. No entiendo á usted.

RODELA. Pus ya zé yo en lo que eso epende.

MARIA. En qué?

RODELA. En que zu mersé no ha tenío la mesiricordia é nasé d'er lao ayá d'Espeñaperros.

MARIA. Pero quién es usted?

RODELA Yo, pa servirle, zerafin dorao, soy Roela er perche-

lero, hijo é Sambomba y Panderetiya, alegria y jolgorio del artosano y la coracha gibralfareña. ¡Ole! Al presente no zoy má q'un jarambé, criado oméstico d'un macareno, argo atropeyao hásia la senjundias; er cuá, anoche, de que ayegamos, me dió una boleta pa su mersé er físico de los baños, que yo mesmo, con esta mano correspondiente á mi propio cuerpo, le entregué al oméstico d'este camarin.

MARIA. Ah, sí; ¿la tarjeta de don Gonzalo de Cienfuegos?

RODELA. ¡Ya esía yo que no s'habría perdío!

MARIA. Pues sí, aquí la tengo. Justamente iba á trasladarla al registro.

RODELA. (Como asombrado.) ¡Cómo é jeso! ¿Es su mersé l'encargá é registrá á mi amo?

MARIA. (Con seriedad.) Soy la encargada de escribir su nombre en este libro.

RODELA. Yaá!... Acabáramos!... eza é jotra toná.

MARIA. ¿Deseaba usted saber si estaba aquí la tarjeta? Pues sí, aquí está; puede usted decírselo á su amo.

RODELA. É que mi amo quié sabé má.

MARIA. Diga usted!

RODELA. Quisiá sabé cuándo ze podrá topá á solas con el zeñó méico é lágua.

MARIA. Cuando guste. Mi padre estará aquí dentro de un instante.

RODELA. ¡Dios le dé á su zeñó pare muncho de lacierto pa enderezá la costitucion zalutífera é mi amo.

MARIA. Tan enfermo está?

RODELA. Josúu! lo méno jase dié zaños que está dando las boqueás.

MARIA. Pobre señor! Nadie al verle diría que gozaba de tan poca salud.

RODELA. No se fie su mersé d'aparencias ni concomitansias. Ahí onde lo v'osté, capuyito é rosa é pitiminí, é jun hombre que está partío po la metá der *sálu jinfirmorun*.

MARIA. Santo Dios! qué enfermedad es esa!

RODELA. Cuá la é sé? La peor de toas. Cuando ú hombre s'enamora como é lostá, no le quea má remedio que liase ar pescueso tó el *sursun corda.*

MARIA. Ah!... ya!... Conque su enfermedad consiste en que está enamorado?

RODELA. Ná má que esa menuencia.

MARIA. Pues esa enfermedad no figura entre las enfermedades incurables. ¿Es casado?

RODELA. ¡Cá é sé casao!... Si es generá.

MARIA. Toma!... y qué? ¿No es acaso libre el objeto de sus amores?

RODELA. ¡Vaya si lo es!... Una jembra libre como la lú, zolitaria como un parmito, y más repulía q'una guirindola.

MARIA. Pues que se casen.

RODELA. Ahí está l'ificurtá.

MARIA. Su amo de usted aún parece bastante jóven..

RODELA. ¡Vaya si lo paese.

MARIA. Con buena posicion.

RODELA. ¡Vaya si la tié güena!

MARIA. Simpático...

RODELA. Jui!... lo q'es simprático...

MARIA. Y tiene trazas de intrépido...

RODELA. ¿Qué si es intrépito? Lo q'e jeso que lo igan mis postreminensias...

MARIA. Pues no lo entiendo.

RODELA. Y lo entenderá su mersé méno, cuando zepa que lo dó san querio má que lo jamantes de Tirolé.

MARIA. De Teruel, querrá usted decir.

RODELA. No señá, de Tirolé; que jueron dó moso je mi barrio, hijo el uno der tio *Quetetiro*, y la otra de la señá Gorita *Oleolé*, y por eso der mote de los dó, lo yamaron lo jamantes de *Tiro-lé.*

MARIA. Será así, y Dios los haya hecho unos santos.—Pero se pasa el tiempo y tengo que escribir... Usted perdone.

RODELA. Está mu bien y no hay por qué. Pero zeñorita; por los clavos de la Puerta Otomana le pio que no ze berrée su mersé...

MARIA. Eh!... ¿Y qué es eso de...

RODELA. Quieo isí, que no sepa mi amo lo caquí hemos compartio.

MARIA. Apenas conozco á su amo de usted: su estancia aquí será breve, y probablemente no tendré ocasion de hablarle de eso ni de nada.

RODELA. Probesiyo!... tan peleaor... y tan ¡infelis! Es lo mesmo que si ijeramos... jun leon arrebosao en una salea... Conque, señorita; besasté la mano. ¡Por via de... (Se retira por donde salió, cantando por lo bajo en tono de playera.)

«Yo m'arrimé á un pino verde
por ve si me aconzolaba...»

## ESCENA III.

MARÍA.

Vaya, que el criado del señor general es lo más raro que he visto en mi vida.—¡Y qué trabajo cuesta entender lo que dice!... Lo mismo habla que los moros que estuvieron aquí en la otra temporada. Pues su amo, si no padece otra dolencia que la de estar furiosamente enamorado, sospecho que va á perder aquí su tiempo. Sí, porque entre las virtudes medicinales de estas aguas, no creo que se cuente la que cura la epidemia del amor. ¡Se oyen unas cosas tan originales en las casas de baños!... (Sigue escribiendo y aparecen por la galería del fondo la Cóndesa, del brazo de Olivares, detrás Eladia.)

## ESCENA IV.

CONDESA, MARIA, ELADIA, OLIVARES.

OLIVARES. Despacito por Dios, señora Condesa; toda agitacion

es nociva cuando se trata de atemperar el sistema nervioso.

CONDESA. El aire de estas montañas y el esmero con que atiende usted á mi salud, contribuyen poderosamente á mi restablecimiento. Gracias, doctor, por el bondadoso interés...

OLIVARES. Bah!... no hablemos de eso; cumplo y nada más con un doble deber: el de mi profesion y el de hombre agradecido á los favores que me dispensó su señora madre, su excelente madre, ¡aquella inolvidable doña Mercedes!...

CONDESA. Ignoraba que mi madre hubiera hecho tan buen uso de sus nobles sentimientos.

OLIVARES. Ah!... Es que su señora madre poseía un alma tan genesosa como severa. Los beneficios que hacía con la mano derecha no se los descubrió nunca á la izquierda.

CONDESA. Es muy cierto; ademas, yo por entónces residiría en Madrid, donde he pasado la mayor parte de mi vida.

OLIVARES. Pues no señora; segun oí decir, por entónces habitaba usted su casa de Alfaro, y se hallaba convaleciente de una grave enfermedad que contrajo en la córte, donde se creyó necesario enviar á usted á la Rioja, á fin de que respirára los aires natales.

CONDESA. ¿Pero de eso hará ya mucho tiempo...

OLIVARES. Sobre unos... veinte y tantos años. Ya es fecha, ¿eh? Señora... Aún era yo un estudiante... y sin embargo, me acuerdo como si hubiera sido ayer.

CONDESA. (Visiblemente afectada.) Ah!... Dios mio... Dios mio...

OLIVARES ¿Qué tiene usted?... ¿Se siente usted mal?...

CONDESA. No es nada, no es nada... Los nervios... el recuerdo de mi madre...

OLIVARES. Se ha puesto usted muy pálida... ¿á ver el pulso?... Eh!... tú, hija mia, acerca ese frasquito de sales.

MARIA. (Llevándolo.) Aquí lo tiene usted, papá.

CONDESA. No, no se moleste usted... ha sido una ligera opresion... que ya ha pasado. ¡Qué hija tan linda tiene

usted, señor Olivares!...

MARIA. Señora... me favorece usted demasiado...

OLIVARES. No tal; eres linda: la señora Condesa lo dice y tu cara lo demuestra. Y si viera usted cómo quiere y ayuda á su padre...

CONDESA. Tambien eso?... muy bien!

OLIVARES. Oh! es una chica muy útil, de lo que ya se encuentra poco...

MARIA. (Ruborizándose.) Papá!...

OLIVARES. Bueno, hija mia, ya callo; no se alarme tu modestia; y voy en un momento á ver si la bañera ha preparado el agua en toda regla. Pero ah! ¿no trae usted abrigo para la salida?

CONDESA. Y es verdad, lo hemos olvidado.

ELADIA. ¿Voy por uno?

OLIVARES. Sí, sí, vaya usted.

ELADIA. Traeré el de pieles?

CONDESA. Cualquiera.

OLIVARES. (Á María.) Haz compañía mientras vuelvo á la señora Condesa. (Se retira por la galería de la derecha. Eladia ha desaparecido por la del fondo.)

## ESCENA V.

CONDESA, MARÍA.

MARIA. Nada más grato para mí.

CONDESA. Gracias, señorita; ha heredado usted la afectuosa amabilidad de su padre.

MARIA. Procuro, señora, imitarle en cuanto puedo.

CONDESA. Y reside usted aquí durante la temporada de baños?

MARIA. Sí señora.

CONDESA. Y no se aburre usted?

MARIA. No tengo ocasion. Mis quehaceres son tan variados, que no me permiten muchos instantes de ociosidad.

CONDESA. Ese es el mejor sistema para alejar el tédio. ¿Conque trabaja usted tanto?

MARIA. No merecen el nombre de trabajos mis sencillas

tareas.—Llevo todos los libros del establecimiento: inspecciono sus ropas: vigilo á los dependientes, y como debo á mi padre algunos conocimientos de química é historia natural, le ayudo en el desempeño de la botica.

CONDESA. Admirable, ¡muy bien! No en vano me decia su papá que tenia en usted una joya inestimable.

MARIA. Mi padre me quiere mucho, y cuando se trata de mí, peca de exagerado.

CONDESA. No tanto, señorita... Y ¿dónde pasan ustedes los inviernos?

MARIA. En la aldea, donde tengo muchos pájaros y un huertecillo precioso.

CONDESA. Y nunca van ustedes á Madrid.

MARIA. Ay! no señora! ¡Dios nos libre!

CONDESA. Por qué?

MARIA. Porque... porque dice papá que para las jóvenes son más sanos los aires de la aldea.

CONDESA. Ps!... tal vez; pero por una temporada...

MARIA. Dicen que hay tantos peligros, tanto estruendo, ¡tantas pulmonías!...

CONDESA. Como en todas las grandes capitales; pero tambien hay mayores recursos para todo, y muchas cosas dignas de que las vea una jóven de buen juicio.

MARIA. Eso mismo dice mi madrastra; pero papá no parece múy dispuesto...

CONDESA. Oh! pues yo, que ejerzo sobre él algun influjo, he de rogarle que permita á usted pasar allá conmigo siquiera un par de meses.

MARIA. ¡Qué alegría!... Pero ah!... perdone usted... es demasiado honor...

CONDESA. No se arrepienta usted de expresar con franqueza las impresiones del alma. Si es á usted grato ir á Madrid, no hay en ello nada que merezca censura, y yo me encargo de realizar tan lícito deseo.

MARIA. Qué bondad tan extremada ! Pero ¿cómo podré pagar?...

CONDESA. Correspondiendo al afecto, que usted me inspira, con un poco de cariño.

MARIA. Ah! pues lo què es eso, desde luégo.

CONDESA. ¿Quiere usted que cerremos este convenio con un estrecho abrazo?

MARIA. Con todo mi corazon. (Se abrazan y besan, y sale Olivares.)

## ESCENA VI.

DICHAS, OLIVARES.

OLIVARES. Bravo! Celebro, señora, que no se haya usted aburrido durante mi breve ausencia.

CONDESA. Aseguro á usted que hace mucho tiempo no he pasado unos momentos tan agradables.

OLIVARES. Me felicito por mi hija; y pongo en conocimiento de usted que el agua está en punto y la bañera en su puesto. Cinco minutos de inmersion nada más, y afuera en seguida. Mucho cuidado, porque esto es importante.

CONDESA. Pues voy.

OLIVARES. (Ofreciéndole el brazo.) Concédame usted la honra de que la acompañe hasta la puerta.

CONDESA. Bien, gracias. Hasta luégo, querida mia.

MARIA. Hasta luégo, señora Condesa. (La Condesa y Olivares se retiran asidos del brazo por la galería derecha.)

## ESCENA VII.

MARÍA.

Querida mia!... Es un ángel de bondad esta señora. ¡Qué llaneza la suya tan natural, tan de verdadera condesa! Oh! y habrá sido tan linda como graciosa. Á pesar de los quebrantos de su salud, aún conserva restos de una hermosura de primer órden y un corazon de lo más afectuoso... Madrid! Madrid! con sus

museos y teatros, su Fuente Castellana; empório de la riqueza y del buen gusto... Pero cá!... si mi padre no consentirá nunca...

## ESCENA VIII.

MARÍA, FLORENTINA, GONZALO, despues OLIVARES.

FLORENT. (Dentro.) Por aquí, por aquí, caballero.

MARIA. (Volviendo á la mesa y poniéndose á escribir.) ¡Ay!... el enamorado de *Tirolé*.

FLORENT. (Saliendo.) Este es el gran salon de consultas.

GONZALO. Agradezco á usted, señora, la molestia que se ha tomado...

FLORENT. Con mucho gusto, señor general.—¿María?

MARIA. Mamá?

FLORENT. Adónde está tu padre?

MARIA. No lejos de aquí. Vendrá al momento.

GONZALO. Hola! Es hija de usted aquella señorita?

FLORENT. Por mucha edad que usted me suponga, le advierto que sólo tengo ventiocho años y María ha cumplido ya los veinte.

GONZALO. Pues justamente, por eso era mi admiracion. He oido que llamaba á usted... mamá...

FLORENT. Es hija de mi marido.

OLIVARES. (Saliendo.) Servidor.

FLORENT. (Á Olivares.) El señor general de marina, don Gonzalo de Cienfuegos. (Á Gonzalo.) Mi marido el doctor Olivares, director facultativo de estas aguas, cuya plaza ha ganado por oposicion. Es individuo de varias sociedades científicas y caballero de la órden de...

OLIVARES. Basta, mujer, basta. Al señor general debe importar poco el conocimiento de mi pobre hoja de méritos...

GONZALO. Sin embargo; me complazco siempre en conocer á los hombres distinguidos...

OLIVARES. (Inclinándose.) Oh!... (Acercándose al escritorio.) Hija mia, puedes dejar eso por ahora, y vé á clasificar

aquellas semillas...

MARIA. Bien, papá.

OLIVARES. Tú, Florentina; dí á la señora de Peralta que no tome hoy el calmante, y que iré á verla tan pronto como concluya la consulta con el señor general Cienfuegos.—Vaya, andad, andad... (Las señoras saludan y se retiran por la galería del fondo.)

## ESCENA IX.

GONZALO, OLIVARES.

GONZALO. ¡Qué pronto ha despejado usted el campo!

OLIVARES. Las mujeres son un bello adorno en todas partes... ménos en un salon de consultas. Conque sepamos... ¿qué padece usted?

GONZALO. Hé ahí una pregunta que tal vez no podré contestar.

OLIVARES. ¿Será posible?....

GONZALO. ¿Qué padezco?... mucho y nada: estoy pasando una vida de todos los demonios, y no puedo decir con fijeza... ¡aquí me duele!

OLIVARES. ¿No habrá lesion orgánica...

GONZALO. ¿Qué sé yo lo que habrá ó dejará de haber por aquí dentro? ¡Vaya usted á averiguar...

OLIVARES. Pues sí señor que iremos, y averiguaremos, y curaremos con el ayuda de Dios.

GONZALO. Él oiga á usted.

OLIVARES. ¿No me ha de oir? Tenga usted fe y esperanza...

GONZALO. Bien; y quédese usted con la caridad para cuando se ocupe de mi tratamiento.

OLIVARES. Jé!... jé!... ¡qué buen humor tiene usted!...

GONZALO. Sí, señor... ¡si viera usted qué bueno!...

OLIVARES. Corriente.—Lo primero de todo es hacer las cosas con la conveniente calma y tranquilidad de espíritu... (Ofreciéndole una silla.) Sentémonos.

GONZALO. Como usted guste.

OLIVARES. Usted sabe que el médico es el confesor del cuerpo, y que há menester de la espontaneidad del paciente

para imponerle con algun acierto la penitencia, ó sea el régimen salvador.—En su virtud, y sin perjuicio de auscultar á usted, segun previene el arte, necesito que satisfaga mis preguntas, para que pueda adquirir un conocimiento aproximado del orígen de su enfermedad.

GONZALO. Me parece muy bien.

OLIVARES. Usted, como hombre de carrera, habrá navegado mucho?

GONZALO. Sí, señor, alguna cosa.

OLIVARES. ¿Como cuántos años?

GONZALO. Tengo cuarenta y ocho, y á los quince habia hecho ya dos viajes al Pacífico.

OLIVARES. Bravo!... ¿ha estado usted en América?...

GONZALO. Sí, señor, muchas veces; y en Asia, y en la Oceanía... he cruzado todos los mares y dado la vuelta al mundo.

OLIVARES. Sopla! ¿Y habrá usted corrido cada temporal...

GONZALO. Ps! he aguantado tiempos duros y he naufragado alguna vez.

OLIVARES. ¡Sea todo por Dios! Ahí tiene usted una causa predisponente á varias afecciones morbosas. La vida monótona del mar, la rigidez de la ordenanza, el uso de bebidas alcohólicas, aquella atmósfera salina, el sol de los trópicos y el aislamiento en que vive cada jefe dentro de su buque, los lleva frecuentemente á la misantropía. ¿Hay algo de esto, señor general? ¿No suele incomodarle el trato con el mundo? ¿No le inspira cierta aversion la sociedad?

GONZALO. No señor, no quiero mal al género humano.

OLIVARES. ¿Pero experimentará usted de vez en cuando alguna accesion de melancolía...

GONZALO. Propiamente dicho, no señor, no soy melancólico.

OLIVARES. ¿No hay molestia en el hígado?

GONZALO. No señor.

OLIVARES. ¿Tension de hipocóndrios...

GONZALO. Tampoco.

OLIVARES. ¿Ni disnea?

GONZALO. Y ¿qué es eso?

OLIVARES. Fatiga, angustia, respiracion difícil, sibilante...

GONZALO. Bah!... no señor; respiro bien, tan bien como cuando era guardia marina.

OLIVARES. Sin embargo, los hábitos del mar...

GONZALO. No se moleste usted, doctor; va usted á extraviarse por ese lado. No calumniemos al mar, que nada tiene que ver con mis padecimientos. ¡Ojalá que hubiera permanecido siempre á bordo! No es en el Occéano donde adquirí este mal estar que me atormenta.

OLIVARES. (Con interés.) No?... pues ¿dónde?

GONZALO. (Suspirando.) Dónde?.... En tierra.

OLIVARES. (Con malicia.) Ya!... lo sospechaba... es donde se dan los malos pasos...

GONZALO. No fué mal paso el mio; sinó una mala vista... (Hiriendo el suelo con el pié.) ¡Por vida de San Ildefonso!...

OLIVARES. Hombre!... ¡pobre Santo! San Ildefonso nunca ha sido una mala vista.

GONZALO. No me refiero al santo bendito; sinó al pueblo que lleva su nombre.

OLIVARES San Ildefonso... Ah!... sí; vulgo La Granja, provincia de Segovia...

GONZALO. El mismo. (Con acento apasionado y avanzando bruscamente su silla.) ¡Allí ví una mujer...

OLIVARES. (Retrocediendo con la suya al mismo tiempo.) Guapo!... ¿Una mujer... sola?

GONZALO. No señor; no estaba sola, estaba allí su marido.

OLIVARES. Hum!... diantre!...

GONZALO. Un hombre que, con mucho, le doblaba la edad, y que maldito lo que se cuidaba de su mujer.

OLIVARES. Vamos... hasta cierto punto...

GONZALO. Ella era una niña, recien salida del colegio, casada en virtud de esos pactos de familia que acumulan riquezas sobre la criatura, y á la vez sacrifican ó pervierten sus más nobles instintos.

OLIVARES. Es verdad... ¡qué dolor!

GONZALO. Ello es que fuí á La Granja en comision del servicio. Tambien era yo por entónces un muchacho, un triste alferez de navío. La ví... y su imágen derechita se me entró por los ojos y dejó caer el ancla en lo más hondo de mi corazon.

OLIVARES. Y no fondeó sobre arena, me lo temo... Pero hasta ahora no comprendo lo de la *mala vista*; porque supongo que esa imágen tan seductora no sería la de ningun vestiglo.

GONZALO. ¡Qué habia de ser! ¡Era la mujer más bella de España y de sus Indias! Pero si no la hubiera visto, no llevaría clavado aquí un arpon...

OLIVARES. Vamos, ya comprendo; el arpon forjado por algunas calabazas de marca mayor...

GONZALO. No señor; no fueron de marca mayor ni menor, porque no me dió calabazas.

OLIVARES. ¿Qué me cuenta usted!

GONZALO. El fuego de mis miradas le reveló mi adoracion, y el de las suyas animó mi timidez. Nos comprendimos... y nuestra pasion llegó más tarde á los límites del delirio, la locura.

OLIVARES. ¡Oh ceguedad juvenil!

GONZALO. Salí á la mar várias veces; de vuelta de mis viajes volaba á su lado: siempre la encontré leal, constante, apasionada... Ah! durante algunos años fuimos los séres más extraviados y más venturosos de la tierra!

OLIVARES. Adelante, mi general!

GONZALO. En esta situacion de indefinible embriaguez, de olvido... ¡Ay, señor Olivares! un dia, de repente...

OLIVARES. ¡No me lo diga usted!... ¡Se murió...

GONZALO. No señor; quien murió fué su marido.

OLIVARES. ¡Pues hombre... eso no es para... Digo! no quiero agraviar al difunto; pero su fallecimiento ofrecia á ustedes una solucion favorable.

GONZALO. Eso era lo racional; pero ¿qué cree usted que hizo entónces el objeto de mi idolatría?

OLIVARES. Lo natural es que al verse libre tratára de legitimar

una pasion á todas luces... en una palabra, casarse con usted.

GONZALO. Eso deseaba yo.—Pero, no señor: se encerró, tuvo largas meditaciones, se llenó de escrúpulos, se hizo mística... y nada; no ha sido posible reducirla á que nos volvamos á ver.

OLIVARES. ¡Cosa más extraordinaria!...

GONZALO. Y aquí me tiene usted cada dia más aburrido, más desesperado, haciendo todo lo posible por olvidar á esa mujer funesta, y sin poder arrancar su imágen del corazon.

OLIVARES. Vamos, vamos... es una desgracia; pero no hay que arrebatarse... debemos hacernos superiores... La enfermedad de usted es una ofuscacion, un padecimiento moral más bien que físico, y ha hecho usted perfectamente en dirigirse á estas aguas.

GONZALO. ¿Cree usted que en ellas...

OLIVARES. Indudablemente. Reconoceré á usted para trazarle un plan bien meditado. Por de pronto principiaremos con una tanda de siete baños y un vasito de agua por mañana y tarde de la FUENTE DEL OLVIDO.

GONZALO. ¿Del Olvido? ¿Por qué se llama así esa fuente?

OLIVARES. Porque su raudal posee cualidades tan sedativas, que desde las primeras tomas experimenta el enfermo una calma, un dulce bienestar; con el que casi *da al olvido* todas sus dolencias.

GONZALO. Pues si es así, yo he menester más de un vaso; muchos vasos...
(Eladia con un abrigo en el brazo, ha cruzado el teatro desde la galería del fondo á la de la derecha. Al desaparecer por ésta, la ve Gonzalo y exclama incorporándose rápidamente.)
Ah!!...

OLIVARES. (Saltando de su silla.) Eh!!?

GONZALO. (Con creciente agitacion.) ¿Quién es esa mujer?

OLIVARES. ¿Qué mujer?

GONZALO. Aquella, la que lleva en el brazo...

OLIVARES. Ah!... sí; una Leocadia... ó Eladia...

GONZALO. ¡La misma!... Y qué hace aquí?

OLIVARES. Toma... acompañar á su ama...

GONZALO. ¿Adónde está su ama!

OLIVARES. En el baño.

GONZALO. Allá voy!

OLIVARES. (Deteniéndole.) ¡Señor general!... ¿Está usted en su juicio!...

GONZALO. Voy á esperarla á la salida...

OLIVARES. Pero .. entendámonos...

GONZALO. (Desprendiéndose y desapareciendo detrás de Eladia.) No me detenga usted!... ¡Eladia! ¡Eladia!!

(Al desaparecer Gonzalo, sale Rodela apresuradamente por el fondo, y se coloca detrás de Olivares.)

## ESCENA X.

OLIVARES, RODELA.

OLIVARES. ¿Estará este hombre algo tocado?... Voy tras él...

RODELA. (Sujetándole por los faldones de la levita.) ¡Zeñó dotor! ¡zeñó dotor!

OLIVARES. ¿Quién me sujeta?

RODELA. ¡Vengasosté conmigo, que jasosté ajuera muncha farta.

OLIVARES. (Pugnando por andar.) No puedo ahora.

RODELA. (Sin soltarle.) ¡Miosté que no le va á yegá er santo lio!

OLIVARES. (Volviéndose asustado.) ¿Á quién!?

RODELA. Á un probe questá echando má zangre q'una vaca!

OLIVARES. ¡Un herido!

RODELA. No zeñó, ¡un despachurrao!

OLIVARES. ¿Qué dice usted, que no entiendo esa jerga?

RODELA. Pus me paese que no garlo chapurré.

OLIVARES. ¡Ya se va enmendando! ¡Y en qué ocasion... (Mirando á la derecha.) Vamos, ya vuelve. (Dirigiéndose al fondo.) Sepamos lo que ha pasado...

RODELA. (Siguiéndole.) Pué questé ya murebunde.

OLIVARES. ¡Déjeme usted en paz!...

RODELA. (Desapareciendo con el doctor.) Josú! ¡qué esaborision!

(Sale Gonzalo por la derecha, trayendo á Eladia asida de un brazo.)

## ESCENA XI.

ELADIA, GONZALO.

ELADIA. ¡Por Dios, señorito, suélteme usted!...

GONZALO. No hay nadie... bien; aquí podemos hablar.

ELADIA. Mire usted que ya sabe la señora que le he visto...

GONZALO. Me alegro mucho. Con eso no le sorprenderá mi presencia.

ELADIA. Pero... ¡la va usted á ver!?

GONZALO. No trato de otra cosa.—Ya que nos ha reunido la casualidad donde ménos lo esperaba, la veré... y la hablaré: tendremos una explicacion... pero grave, solemne!

ELADIA. ¡Dios mio! no se empeñe usted en eso... evite usted un escándalo. La señora está desconocida... ¡ha cambiado tanto su carácter!...

GONZALO. Nada me importa; me tiene eso sin cuidado, y aquí la esperaré.

ELADIA. Puede sobrevenirle algun accidente...

GONZALO. La cuidaremos, se le pasará.

ELADIA. Si da voces...

GONZALO. Daré más que ella.

ELADIA. ¿Y si se empeña en no salir del cuarto del baño?

GONZALO. Echaré la puerta abajo.

ELADIA. ¡Ave María purísima!

GONZALO. Pero no hará tal cosa... Ya saldrá, ya saldrá.

ELADIA. Pues no señor; sé que no saldrá...

GONZALO. Cómo?!...

ELADIA. Hasta que pueda ir á su habitacion sin encontrar á usted. En seguida nos iremos del establecimiento...

GONZALO. ¿Eso pretende? pues vé á decirle que no lo conseguirá: que estoy resuelto á permanecer aquí: á plantarme en la puerta del baño por lo que falta de semana, por lo que falta de mes... ¡por el resto de mis

dias!...

ELADIA. Pero... señorito... es atroz...

GONZALO. Será todo lo que quieras; pero será.

ELADIA. Medite usted...

GONZALO. ¡Harto he meditado ya!... no me repliques: vé á llevarle mi última palabra, mi inquebrantable resolucion.

ELADIA. Pero... señor; si no me atrevo...

GONZALO. Pues iré yo mismo; ¡atropellaré por todo... (Aparece la Condesa.)

## ESCENA XII.

LA CONDESA, GONZALO, ELADIA.

CONDESA. No es necesario.

GONZALO. (Sorprendido.) Ah!!...

CONDESA. Deseo evitar á usted un motivo más de arrepentimiento... y aquí estoy. Eladia, vete. (Se retira Eladia por el fondo.)

GONZALO. (¡Qué hermosa está!... y su ascendiente sobre mi... ¡siempre el mismo!... ¿Será esto un sueño? ¿es cierto que al fin la tengo aquí... á dos pasos... ¡Vive Dios! que me siento agitado, aturdido, como si fuera un grumete... y no sé cómo empezar...)

CONDESA. ¿Era eso todo lo que tenia usted que decirme?

GONZALO. Laura... ¡no me desesperes!... ¡no me hables de usted!

CONDESA. Hablo como debo, dada la situacion en que nos hallamos.

GONZALO. No puedo aceptar esa forma ceremoniosa: no se trata de dos desconocidos que se ven por la primera vez.

CONDESA. Se tratará de lo que usted quiera... ya que no puedo evitarlo. Por mi parte usaré de esa forma: use usted por la suya, de la que más le agrade; á todo me resigno.

GONZALO. ¡Se resigna usted? ¿Tan grande es el sacrificio que

hace viendo á un hombre leal, perseverante en lo que ha jurado tantas veces á esos piés...

CONDESA. No es sacrificio el mio: todo sacrificio supone asentimiento de la voluntad, y usted sabe que no es la mia la que me detiene en este sitio.

GONZALO. Señora... ni el frio de la muerte puede compararse con el hielo de esas palabras. ¡Qué trasformacion moral más desconsoladora!

CONDESA. Ya debia usted contar con ella.—No es nuevo para usted que he tratado cuidadosamente de interponer entre lo dos la ausencia y el silencio.

GONZALO. Y ¿por qué esa ausencia? ¿por qué ese silencio tan esquivo? ¿Es acaso algun crímen haber amado á usted ciegamente, cuanto puede amar un hombre apasionado?

CONDESA. Sí señor.

GONZALO. Pues si es un crímen, somos cómplices; un tiempo fuí correspondido...

CONDESA. ¡Es verdad!

GONZALO. Si es verdad, no se comprende que me trate usted como pudiera tratar al mayor de sus enemigos. ¿Ha olvidado usted nuestra historia? Nuestras almas sin violencia, sin cálculo, sin otro impulso que el de una irresistible simpatía, mútuamente se atrajeron y volaron dichosas por un espacio sin límites... De pronto, la de usted se desprende, sube ó baja... no lo sé; pero la llamo y no me responde: la busco, y huye de la mia como si temiera el contacto de un ser abominable, de un ser maldito, irremisiblemente condenado. ¿Por qué esta variacion? ¿por qué esta impiedad? ¿por qué esta burla sangrienta á un hombre de buena fe? ¿Ha creido usted, señora, que nada de esto valia la pena de explicarlo?

CONDESA. Acaso tenga usted razon... pero no siempre se pueden explicar las grandes resoluciones.—En un principio toda explicacion hubiera sido peligrosa. Mi arrepentimiento no era tan sólido, tan profundo que

me hubiera librado de volver á hundirme en el abismo de que me mandaba salir mi conciencia atribulada. Despues... la explicacion era ya inútil. El tiempo que ha pasado ha debido hacerle comprender cual era el estado de mi espíritu... Y ya lo está usted viendo... Nuestra entrevista es penosa, y ademas... no lo dude usted, será tan triste como estéril.

GONZALO. ¿Es decir, que arrepentida de la noche á la mañana, ha pensado usted en su salvacion y ha hecho todo lo posible para conseguirla?

CONDESA. Sí señor.

GONZALO. Pues ha empezado usted mal.

CONDESA. ¡Cómo!... He principiado por pedir fervorosamente á Dios el perdon de mis culpas.

GONZALO. Ha debido usted empezar por conseguir el mio.

CONDESA. ¡El perdon de usted!...

GONZALO. Sí, señora, mi perdon, ¿qué la maravilla? ¿No éramos tan culpables el uno como el otro? ¿Quién de entre los dos ha sido el que dió el primer paso fuera de la senda de la virtud? Ninguno; los dos á la vez... Y si usted se hubiera mostrado severa ó indiferente á mi primera mirada, es seguro que yo jamás habria osado aspirar á sus favores. Pues bien, no lo hizo así; me alentó, me atrajo... pero de pronto, asustada de su propia obra, huye usted, la abandona, y hasta reniega de ella... Si tan puro, tan santo era el arrepentimiento que se apoderó de su espíritu, ¿por qué no invocó francamente mi honor, mis creencias?... ¿por qué no trató de prepararme á la conformidad, haciéndome partícipe del movimiento sublime de su alma, en vez de cuidarse usted sólo de usted, relegándome al olvido como si se tratára de un ente de razon, de un ser imaginario? ¿No calculó que miéntras ahuyentaba los escrúpulos de su conciencia, y aspiraba á penetrar en el cielo, me dejaba en la tierra á solas con mis irritadas pasiones, rodeado de sombras, sin más compañía que la desesperacion?

¡Cómo ha de salvarse usted, si yo por usted, señora, llego á condenarme?!...

CONDESA. He pedido á Dios por usted más que por mí.

GONZALO. Gracias, Condesa; pero ya está usted viendo que Dios no la ha escuchado, porque á Dios no llegan las súplicas del miedo, ni los clamores del egoismo.

CONDESA. Yo le bendigo y reverencio, porque esta escena es una terrible expiacion de mis errores.

GONZALO. No, señora; tambien ese es otro error. Esta escena, que no trataré de prolongar, porque á usted y á mí nos impresiona demasiado, es una consecuencia forzosa del ingrato y falaz proceder de usted para conmigo. Ha podido usted evitarla obrando con franqueza; pero un error conduce á otro, y los de que usted me hablaba, no se expian exasperando á un semejante, hurtando despues el cuerpo, y encomendando á Dios el cuidado de salvar ó condenar á la víctima sacrificada.

CONDESA. No he de contradecir á usted, aunque abrigo el convencimiento de que en mi proceder he obedecido á leyes... ¡severas, sí; pero inalterables! Escucho sus amargas reconvenciones con dolor, y sin dar oidos á mi decoro, ni á mi orgullo, ni á mi dignidad. En este momento no me acuerdo de mí; y si el escucharle... ¡hasta humillada!... puede contribuir á devolverle el reposo perdido, creeré que al fin el cielo ha escuchado mis oraciones.

GONZALO. No acoja usted esa esperanza. No aspiro á su humillacion... ¿para qué puede servirme? La queja que he tenido el honor de exponerla es justa, y mi deseo, *hoy*, no sólo es lícito, sinó sagrado. Quiero aceptar que en un principio, aterrada por la voz de sus deberes, hubiera usted procurado volver á ellos, aun á costa de los mayores sacrificios. Pero despues, pero hoy, que es usted libre, que puede purificar nuestras culpas ante el ara del altar, no es comprensible que persevere en vivir encerrada en la cárcel de unos

escrúpulos que carecen ya de fundamento.

CONDESA. ¡Qué desvarío!... Veo que no quiere usted comprender la abnegacion de mi conducta.

GONZALO. ¿Abnegacion!...

CONDESA. (Con solemnidad.) Sí señor; abnegacion... y fíjese bien en lo que voy á decirle. ¡La culpa siempre es culpa.... y las mias merecen un rudo castigo!

GONZALO. Y bien?

CONDESA. (Con ternura.) No habría castigo para mí... si entregára á usted mi mano.

GONZALO. (Conmovido.) Laura!... Pero ese castigo no puede ser eterno; tendrá un plazo... ¡esperaré!

CONDESA. Gonzalo... ¡ya no somos jóvenes!... Á nuestra edad esos propósitos parecen siempre extravagantes... no, ¡jamás!... Diez vidas que tuviera no bastarian para extinguir la penitencia que me he impuesto.

GONZALO. Basta, señora: hay en sus razonamientos un no sé qué de frio, de misterioso, que parecen razonamientos de la otra vida. Ó el corazon de usted ha muerto, ó es de una sublimidad tan sublime, que no me es dable comprenderla ni apreciarla.

CONDESA. Ya me comprenderá algun dia y será para conmigo más justo que lo ha sido hasta aquí.

GONZALO. Lo dudo, señora; pero enhorabuena: no debo detener á usted más. Siga usted por ese camino de perfeccion gozando del reposo que ha conquistado: haga usted en paz su dichoso tránsito de la tierra á la gloria... mientras yo quedo aquí llevando en mi corazon todas las iras del infierno.

CONDESA. (Suplicante.) Gonzalo... cálmese usted: tengo más interés por su tranquilidad que he tenido por la mia, y al fin la conseguirá. Aún nos hemos de ver... y confio en que Dios me dará fuerza para infundirle mi propio convencimiento. Ahora soy yo la que desea verle, porque estoy segura de mí misma.

GONZALO. Pues como yo no lo estoy de mí, soy ahora el que desea alejarse de usted por toda una eternidad. No

son misioneros los que há menester mi corazon: ya me las avendré con él procurando sustituir á un amor insensato, el odio, la aversion...

CONDESA. No!... con el odio no se va á ninguna parte buena.

GONZALO. ¿Qué me importa adonde pueda ir? Alguna parte será y todas me son iguales. Vagaré sin direccion, porque en mi camino, señora, ya no hay norte ni faro...

CONDESA. Yo lo seré... Y adios, hasta mañana.

GONZALO. Señora, hasta jamás.

CONDESA. (El carácter de siempre!... Velaré por él.) (Se retira por el fondo.)

## ESCENA XIII.

GONZALO paseándose y accionando con la mayor agitacion.

¡Funesta mujer, funesta!... Ha desgarrado mis entrañas... y no hay esperanza, no! Esa mujer es otra mujer... no es la que yo conocí tan tierna, tan apasionada... ¡He de hacer lo posible por aborrecerla, sí! ¡guerra á muerte!... Me entregaré al desórden, al escándalo... No! me casaré! (Levantando la voz.) ¡me casaré! le daré en ojos haciendo feliz á la primera que me encuentre. (Sale Florentina por la izquierda.)

## ESCENA XIV.

FLORENTINA, GONZALO.

FLORENT. Ah!... Señor general, ¿qué tiene usted? Le encuentro muy alterado... ¿Se siente usted mal? Ahí cerca está Olivares...

GONZALO. (Esforzándose para reirse.) Já! já! já!... Señora, ¿qué dice usted? En mi vida me he sentido mejor... ¡pues si soy en este momento el más feliz de los hombres!

FLORENT. No... pues nadie lo diria... Tiene usted los ojos encendidos...

GONZALO. Iluminados con la llama de la felicidad... ¡Qué lástima que no sea usted soltera!

FLORENT. Eh?...

GONZALO. ¿Por qué se ha precipitado usted y en edad tan juvenil...

FLORENT. Yo?... ¡toma! porque... (¡Dios mio, qué miradas!... Este hombre me da miedo...)

GONZALO. Sí señora; labraría usted en este instante la ventura de más de un ser aborrecido...

FLORENT. (¡Qué lenguaje!) Caballero, no comprendo...

GONZALO. (Acercándose.) Se lo explicaré á usted...

FLORENT. (Retrocediendo.) No, no se moleste...

GONZALO. Ya verá usted...

FLORENT. No... que!... (Llamando.) ¡Olivares, Olivares!..

## ESCENA XV.

FLORENTINA, GONZALO, OLIVARES, despues MARÍA.

OLIVARES. (Saliendo por la izquierda.) Eh? ¿qué es ello?...

FLORENT. Creo que el señor general te necesita...

OLIVARES. (Dirigiéndose á Gonzalo.) ¿Cómo? ¿qué ocurre de nuevo? para qué me necesita usted...

GONZALO. Yo?... nada más que para servirle... Pero ¡ah!... ¡Qué idea!... (Asiendo á cada uno de la mano y colocándose en medio.) Vengan ustedes acá, y óiganme con atencion.

FLORENT. (¿Qué será?)

OLIVARES. Escuchamos.

GONZALO. Voy á tomar una resolucion suprema. Quiero casarme... pero pronto, al escape, mañana, esta noche si es posible. Tengo cuarenta y ocho años y veinticinco mil duros de renta; sin parientes, sin amigos, sin herederos... ¡estoy solo en el mundo! Usted tiene una hija angelical... y se la pido para esposa. (Aparece María en el fondo.) Dos horas para pensarlo, y volveré por la respuesta. (Se dirige al fondo, donde se encuentra con María. Olivares y Florentina sorprendidos, se

han quedado en una actitud cómica como si fueran dos estátuas.) Señorita? Este encuentro es de buen agüero para mí. Su padre tiene que darle una noticia... ruego á usted que la escuche con benevolencia. (Desaparece por el fondo.)

## ESCENA XVI.

MARÍA, FLORENTINA, OLIVARES.

MARIA. (Corriendo hácia Olivares.) ¿Una noticia?... ¿Qué noticia es esa, papá?

OLIVARES. (Conservando su actitud y tartamudeando.) Es... la... la... mi... Que... que... ni...

MARIA. (Asustada.) Ay!... (Á Florentina.) ¿Qué tiene papá?

FLORENT. (Lo mismo que Olivares.) Que... la... la... mi... tu...

MARIA. ¡Tambien usted!... ¡Dios mio!... ¿qué pasa aquí? (Yendo del uno al otro.) ¡Padre mio!... Mamá!... ¡Habladme por Dios!...

OLIVARES. (Dejándose caer sobre una silla.) ¡No puedo más!

FLORENT. (Cayendo sobre otra.) ¡Ni yo tampoco!

MARIA. (Azorada, queriendo acudir á un tiempo á los dos.) Ay!... que se cae... que se caen... que se mueren... que se han muerto... (Gritando.) Socorro!... Socorro!!...

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

## ESCENA PRIMERA.

OLIVARES, tomando y dejando varios objetos de la mesa, mudando las sillas y yendo de un lado para otro con el mayor aturdimiento.

No sé lo que hago... confundo lás espacies, los tratamientos y las medicinas. Me he quedado medio imbécil, y creo que sin agraviarme puedo suprimir el medio. Como que aún no me ha salido la sorpresa del cuerpo... ¡soy tan impresionable!... ¡Generala mi hija!... ¡Veinticinco mil duros de renta!... Y... no hay más; cuando sea necesario escribirle tendré que ponerle en el sobre... «Á la Excelentísima Señora Doña María de... Cienfuegos...» Sí!... todo eso está muy bien; pero ántes hay que salvar un gravísimo obstáculo... ¡muy grave!... ¿quién lo duda?... Y al propio tiempo hay que dar una respuesta, y pronto!... El señor general nos honra demasiado para que le dejemos sin una contestacion categórica... Sí, sí; bonito genio tiene... Pero ¿cómo le voy á explicar?... Vamos, no estoy para nada, no podré

ordenar una idea... Necesito consejo, asesorarme.... ¡ah!... sí; la señora Condesa, que se interesa por nosotros y que tiene tanto talento... Voy, voy á que me ilumine... Estará más serena que yo... como qué ella y María áun no saben nada de esta especie de cataclismo...

## ESCENA II.

OLIVARES, RODELA.

RODELA. (Dejando sobre la mesa su sombrero de hule.) Hola!... maestro.

OLIVARES. ¡Cómo maestro!... ¿qué dice usted?

RODELA. (Con misterio y guiñándole.) ¿Está ya eso?

OLIVARES. ¿Y qué es... eso?

RODELA. La consumision de... la canela.—¿Mos casamos ú qué?

OLIVARES. Hombre... hable usted claro, si puede.—¿Qué sé yo, ni qué me importa que se case usted ó que se quede soltero?

RODELA. De mó y manera que comaquí no ze trata é mí presona, sino é la é mi amo... que par caso es la mesma...

OLIVARES. (Con interés.) ¿Su amo de usté? ¿Viene usted de parte de su amo? ¿Qué dice el señor general, ese marino magnánimo é incomparable?

RODELA. Ayí se quea en su cámara arrefunfuñando como un chusqué. ¡Cuidao si hay reventason en la costa!

OLIVARES. (Con reprimida impaciencia.) Señor marino... es usted, al parecer, un sujeto muy apreciable; pero tengo la desgracia de entenderle lo mismo que si hablára en turco.—Soy riojano ¿lo oye usted? y como deseo saber lo que quiere ó pregunta el señor general Cienfuegos, le invito á que se exprese con claridad, y si es posible, en cristiano.

RODELA. Eso... prosupuesto; ¿zoy yo acaso argun jámelemalají?

OLIVARES. Otra!... (¿Creerá este hombre que es español?)

RODELA. Pus como íbamo jisiendo; el amo ha jecho safarrancho: ha largao toa la ropa vieja que tenía é nel corason, y sá queao mas desnuo cun serrojo.—Comostá ya ensima el diquinosio y sa levantan vientos frescachones, su silencia quié que le piye un poco arropao. En esta semelitú ha zonao er pito y má dicho: «Roela!... ponte á lablá con el méico y dile é mi parte... que si sí, ú que si no.»—Lo quié su mersé más claro?

OLIVARES. No he podido entender una palabra; pero adivino lo que quiere usted decir. Justamente estaba pensando en eso... ¡cabal!... como que no se aparta ni un instante de mi imaginacion. Pero ¡ya se ve!... Tengo mil cosas á que acudir... no he podido consultar con... Ademas, (Mirando el reloj.) aún no han pasado las dos horas. Diga usted al señor general que tendré el honor de ir á buscarle... (Viendo á Eladia que cruza por el fondo.) Á propósito... ¡Oiga usted, Eladia!... (Va á su encuentro.)

## ESCENA III.

DICHOS, ELADIA.

RODELA. (Mirando á Eladia de reojo.) ¡La señá Elá!... ¡Maliya tempestá va habé si se matraca ar costao!...

OLIVARES. ¿No está en sus habitaciones?

ELADIA. No señor. Salió con su hija de usted, y creo que están paseando por la orilla del rio.

OLIVARES. Sí, ya sé: voy á buscarla... (Poniéndose distraido el sombrero que Rodela dejó sobre la mesa.) Vuelvo al instante.

RODELA. Jé!... que sa yevasté mi chapeo.

OLIVARES. Es verdad... No sé dónde tengo la cabeza... (Da el sombrero á Rodela; toma un paraguas, lo abre y se retira sin sombrero por la izquierda.) Vuelvo!

## ESCENA VI.

ELADIA, RODELA.

ELADIA. Hola, amigo Rodela.—Dichosos los ojos que te ven... (Rodela la mira desdeñosamente.) ¿Por qué me miras así?... Despues de tanto tiempo de ausencia no tienes nada que decirme?

RODELA. ¿Qué si tengo?... Tengo mi lisensia é cabo é mar: dos premios d'aventaja, y sincuenta jarayás en ochentines d'oro viejo pa la chavala que quiá sé lamperatris deste chinchorro.—Mia tú si tengo; pero lo qués pa tí... ¡ná!...

ELADIA. ¡Jesús!... y qué esquivo te encuentro... ¡Cuánto has cambiado!... Ántes eras un cordero...

RODELA. ¡Yo nunca he sio borrego!... y si arguna vé losío, ya no soy pa tí más cun tiburon.

ELADIA. Ya veo que no eres aquel Rodela tan galante que me traia frutas de América y pajaritos de las Molucas... ¿Pero en qué he podido ofenderte, para que así...

RODELA. ¿Y tú me lo apreguntas? ¿No sus escarabajea la consensia empues de la partía que l'habeis jugao arprobesiyo é mi amo?

ELADIA. ¡Yo!...

RODELA. Tú... y tu ama y toa la condesería é la vesindá.

ELADIA. ¿Pero yo de eso...

RODELA. ¿Te paese ni medio arrigulá haber echao á pique un hombre más erecho cun trinquete, entregao jasta los töpes y que siba con to su anclaje garreando tras la señá Condesa?

ELADIA. Será muy sensible lo que ha pasado, no lo niego; pero ¿qué tenemos que ver con los asuntos de nuestros amos?

RODELA. ¡Yo si tengo! que soy un peaso de lasunto é mi amo, y á to er que le trate mal, le laigo bandera negra.

ELADIA. Eso es meterse en la renta del excusado.

RODELA. Del excusao... ¡Oyes! habla bien, y no me fartes al

respeto.

ELADIA. Hombre... no he querido decir... no me has comprendido...

RODELA. Si ya te veo, mata é poleo... ¿Creerás tú que me vas á dá la cambiá con tus palabritas é pitisú... ¡Hoste, chucho! que aquí ya arrepicamo sá gloria.

ELADIA. De seguro que tu amo no estará tan contento como tú.

RODELA. ¿Qué no lostá? Eso quisiais vusotras pa jartaros é reí. Pos no señó; está má salegre cunas zonajas.—Ha icho ¡jala avante! y en seguía sá topao co nun apañito... ¡que ni en Filaelfia!... Olé... Sarremató la mala hora, y ya estamos en el puerto.

ELADIA. Y ¿qué ha encontrado para tanta alegría?

RODELA. ¡Toma!... no más caqueyo que lasía farta.—Un querubin repulio y refinao con tos sus amenesteres.

ELADIA. No comprendo...

RODELA. Pos ya lontenderás cuando veas ar pare cura largáles las monestasiones, las bendisiones... y las...

ELADIA. ¡Cómo!... ¿Se casa don Gonzalo?

RODELA. Andando; y pué que esta noche mesma.

ELADIA. ¿Qué dices!... ¿Y con quién?

RODELA. Con toa la meisina er destablesimiento. Con la hija er doctor jolivo... ú asituna...

ELADIA. ¿Del doctor Olivares? ¿La señorita María?

RODELA. ¡Cabá! Con esa nos casamos.

ELADIA. ¡Tú tambien!

RODELA. Lo ques yo... zerá conotra; pero di siguro quesotra será más agraesía y agrasiá que tú.

ELADIA. ¿Y me vas á dejar?

RODELA. Por simpitiernan secundorun, amen.

ELADIA. Anda, que eres un ingrato.

RODELA. Adios, aborresía. Jaste cuenta que man tragao los mares.

ELADIA. Mejor, con eso olerá ménos á alquitran.

RODELA. Ya quisiás tú ese oló pa los dias é fiesta.

ELADIA. ¿Yo? ¡Jesús, qué asco!

ROBELA. Juy!... ¡mal barreno en toas las sabandijas... ¡Pé!

(Se dirige al fondo, y al ver venir por él á la Condesa cambiá bruscamente de direccion y desaparece por la izquierda.) ¡Puf!

## ESCENA V.

CONDESA, MARÍA, ELADIA.

CONDESA. ¿Qué le ha dado á ese hombre?

ELADIA. Debe estar algo trastornado... como de costumbre. ¿Ha encontrado la señora al doctor Olivares?

CONDESA. No.

ELADIA. Parece que le urgía hablar á la señora Condesa de un asunto del mayor interés, y ha salido en su busca.

CONDESA. ¿Sí? pues avísale y aquí le esperaré. Con eso descansaré un rato... (Dejándose caer en uno de los divanes.) porque hemos dado un gran paseo.

ELADIA. ¿Y adónde encontrarle ahora...

MARIA. Yo, yo enviaré un dependiente que dará con él al momento. (Se retira corriendo por la izquierda.)

## ESCENA VI.

CONDESA, ELADIA.

ELADIA ¿Sabe ya la señora las novedades que hay?

CONDESA. ¿Novedades? ¿dónde? ¿aquí?

ELADIA. ¡Ya lo creo!

CONDESA. No sé nada.

ELADIA. ¡Cosa más incomprensible!

CONDESA. ¿Cuál?

ELADIA. La del inmediato casamiento del señorito...

CONDESA. (Incorporándose.) Eh? ¡qué dices! ¿el casamiento de Gonzalo?

ELADIA. Sí señora.

CONDESA. ¡El casamiento... ¿Pero aquí? ¿con quién?

ELADIA. ¿No ha dicho nada á vuecencia la señorita María?

CONDESA. ¿Esa pobre niña?... No... absolutamente nada.

ELADIA. Pues ella debe saber...

CONDESA. ¿Ella?...

ELADIA. Como que es la interesada.

CONDESA. ¡Ella!!... Pero ¿qué estás diciendo? ¡casarse con Gonzalo!... Si no han hablado nunca, si ni se conocen... ¿quién te ha contado una historia tan inverosímil?

ELADIA. Podrá ser; pero me ha dicho Rodela que era una cosa decidida.

CONDESA. ¿Rodela?... ¡vaya un texto! Si no tienes otro dato, el testimonio de Rodela no es admisible.

ELADIA. Me ha dicho con la mayor formalidad que tal vez esta noche se casen.

CONDESA. ¡Bah! ¡bah!... ¡buena está la formalidad de Rodela! Exagerado, dicharachero, eso sí; pero, ¿formal? ¿Se sabe nunca cuándo habla con formalidad ese hombre? Veo que ha querido burlarse de tí con la narracion de esa patraña.

ELADIA. Sin embargo; como su amo le quiere tanto y está enterado de todo...

CONDESA. Pues por lo mismo te ha contado esa novela para que tú me la cuentes ahora. ¡Un hombre que ha llegado anoche al establecimiento! ¡Oh, imposible! Y aun cuando así no fuera; ¿te parece que un suceso de esa importancia, no sería la misma interesada la primera á denunciarlo? Pues bien; esa jóven, que me debe el concepto de ser tan ingénua como sencilla, acaba de pasear y hablar conmigo con toda la calma, con toda la serenidad de la inocencia.

ELADIA. Lo que es eso, es verdad...

CONDESA. Pero una verdad que entra por los ojos. Y no es esto decir que me parezca un disparate esa union... no por cierto. Creo que el general haría de ese modo un buen uso de su mano y su fortuna. Oh!... como yo pudiera contribuir á decidirle...

ELADIA. Ahí vuelve la señorita María.

CONDESA. Pues déjame con ella á solas; quiero acabar de convencerme.

ELADIA. (Retirándose por el fondo.) (¡Milagro será que no tengamos boda!)

## ESCENA VII.

CONDESA, MARÍA.

MARIA. Papá ha bajado al parque, y le han visto dirigirse hácia el rio; pero he dicho á un guarda que vaya á buscarle y en breve lo tendremos aquí.

CONDESA. Está muy bien. Pero venga usted acá, señorita, que tengo que reconvenirle severamente.

MARIA. ¿Á mí, señora?

CONDESA. ¿Pues no? Sabiendo lo mucho que la quiero y me intereso por su ventura, ¿cómo es tan reservada para conmigo?

MARIA. ¡Yo reservada!... ¿habla usted seriamente?

CONDESA. Hija mia, ni lo sé. Me han dado una noticia, cuya certeza no me consta... pero bien sabe Dios que me alegraría de que fuera verdad.

MARIA. ¿Qué noticia es esa?

CONDESA. (¡Lo que yo decía!...) El tono conque usted lo pregunta me confirma en la creencia de que la tal noticia no pasa de ser una invencion. De otro modo era imposible que conservára usted esa tranquilidad de ánimo... porque está usted muy tranquila, ¿no es cierto?

MARIA. ¡Vaya si lo es!

CONDESA. ¿Ni hoy le han dicho nada... nada nuevo, nada que no haya usted oido todos los dias...

MARIA. Seguramente.

CONDESA. ¿Ni ha visto, ni le ha pasado nada extraordinario...

MARIA. ¿Á mí?... no señora.

CONDESA. (¿No digo?)

MARIA. (Como recordando algo.) ¡Aah!...

CONDESA. (Vivamente.) ¿Qué!

MARIA. En efecto, me hace usted recordar que ha pasado esta mañana una cosa que aún no he podido explicarme...

CONDESA. ¿Qué cosa?

MARIA. Hará como unas dos horas que estaban aquí mis padres y un señor general, que anoche ha llegado al establecimiento...

CONDESA. (Con creciente impaciencia.) Sí, ya sé quién es.

MARIA. Pues bien; cuando entró, salió á mi encuentro el señor general, y me dijo: «Señorita; su papá va á darle una noticia, y le ruego que la escuche con benevolencia.»

CONDESA. ¿Eso dijo...

MARIA. Son sus mismas palabras; las recuerdo perfectamente.

CONDESA. Y... ¿qué más dijo?

MARIA. No dijo más, porque se alejó, y á buen paso, por aquella galería.

CONDESA. ¿Pero los padres de usted...

MARIA. Les pregunté, como era muy natural; pero, señora, encontré á uno y otro en una situacion que me llenó de sorpresa. Querian hablar... y no podian. Me asusté, grité... al fin se repusieron un poco... Mi madrastra se retiró á su aposento, y mi padre me dijo que no le hiciera preguntas, que lo dejára solo, porque necesitaba entregarse á graves meditaciones. Y no sé más.

CONDESA. Eso toma ya otro aspecto.

MARIA. Eh?... ¿otro...

CONDESA. Seguramente... y puede que sea cierta la noticia.

MARIA. Pero ¡Dios mio!... ¿qué noticia es esa? ¿tiene alguna relacion conmigo?

CONDESA. Oh!... la tiene, y muy directa.

MARIA. Pues es gracioso... Una noticia que directamente me interesa la sabe todo el mundo... ménos yo. No deja de ser divertido... ¿verdad?

CONDESA. Creo que muy pronto dejará de ser un misterio para usted.

MARIA. ¿No podria usted anticiparme el plazo... Soy algo curiosilla...

CONDESA. María... no sé en este momento hasta qué punto

será lícita mi intervencion... Y quisiera ganar las albricias... pero temo pecar de ligera, de imprudente...

MARIA. Eso, nunca! Una persona tan discreta, que es tan buena para todos, y para mí... Sapamos, esa noticia ¿és mala ó buena?

CONDESA. En mi concepto nada tiene de malo para usted: todo lo contrario.

MARIA. (Frotándose las manos con infantil alegría) ¡Ay, qué bueno!... ¿De qué se trata?

CONDESA. De nada que no sea muy usual y corriente. Se encuentra usted en lo más bello de su edad: es usted linda, virtuosa, y es posible que álguien desee verla establecida.

MARIA. (Sin comprender.) Establecida... yo... pero... ¿cómo...

CONDESA. Como se establecen todas las que se casan.

MARIA. (Con gran sorpresa.) ¡Ay Jesús!... ¡Vaya una ocurrencia!... ¿Conque se trata de que me case?... Pero... ¿cómo puede ser eso? ¡Si no tengo novio, señora!... Si nadie ha reparado en mí...

CONDESA. Tal vez sea usted la que no haya reparado... que reparaban en usted.

MARIA. ¡Válgame Dios!... Parece esto cosa de novela... ¿Y se puede saber quién es el reparon?

CONDESA. ¿Quién otro puede ser que el que invocó su benevolencia para que oyera la noticia...

MARIA. (Aturdida.) ¡Otra!... ¿El señor general... (Santiguándose.) ¡Jesús, María y José!... Vaya, señora, habia creido que hablábamos con formalidad... ¿Qué he podido hacer para que se burle usted de ese modo...

CONDESA. No, hija mia, no hay aquí nada de burla: hablo con sinceridad...

MARIA. ¿Es de veras... (Moviéndose y palpándose.) Pero... vamos, sin duda estoy bajo la influencia de alguna pesadilla... Y sin embargo... creo que ando... y creo que siento... y que veo á usted...

CONDESA. Sí, María, no lo dude usted: está usted bien despierta

y en el pleno uso de todos sus sentidos.—Ademas, el hecho no es tan maravilloso, tan inaudito, que deba usted considerarlo como sobrenatural...

MARIA. ¿Pues no lo ha de ser? ¡Una pobre muchacha como yo, oscura...

CONDESA. Para amor no hay distancias; su antorcha lo ilumina todo...

MARIA. ¿Qué antorcha ni qué amor puede haber aquí, señora? Si no me conoce, si no he cambiado con él ni la palabra de Dios... Por otra parte ¡ahora lo recuerdo! (Bajando la voz.) Sé que ese caballero tiene amores muy antiguos con una gran señora, de la que está furiosamente enamorado.

CONDESA. ¿Todo eso sabe usted? Y... ¿sabe usted tambien quién es esa señora?

MARIA. No por cierto, no lo sé.

CONDESA. Pues yo sí; la conozco íntimamente: sé que es harto desgraciada, que le estremece y llora el recuerdo de su pasado, y que hará votos por la felicidad de usted y la del que aspira á ser su esposo.

MARIA. ¡Madre de los Desamparados y lo que estoy oyendo!... Señora... me encuentro tan aturdida como si acabára de caer desde las nubes.

CONDESA. Eso se comprende muy bien; la sorpresa no es para ménos... Pero váyase usted preparando para acostumbrarse á la idea de un porvenir tan risueño...

MARIA. ¡Ay... no señora... no!... Creo que nunca podré acostumbrarme á esa idea.

CONDESA. ¿Y por qué? ¿No le es á usted agradable? ¿Acaso el general no le inspira simpatías?

MARIA. Lo que es eso... ¿por qué lo he de negar?... ¡Vaya! como que es muy guapo; me parece bien... ¡demasiado bien!... Y por lo mismo me figuro que es un sueño... Vamos, sobre que no puedo convencerme...

CONDESA. Pues saldremos de dudas muy pronto, porque allí veo á Gonzalo...

MARIA. (Huyendo hácia la derecha.) ¡Ay qué miedo!... ¡Me

voy...

CONDESA. ¡Espere usted!

MARIA. (Desapareciendo por la derecha.) ¡No... no!... me moriría de vergüenza...

CONDESA. ¡Pobre muchacha!... (Sale Gonzalo por la izquierda.)

## ESCENA VIII.

CONDESA, GONZALO.

GONZALO. (Saliendo.) Pero este doctor... (Reparando en la Condesa.) ¡Ah!...

CONDESA. ¿Le sorprende á usted encontrarme en este sitio?

GONZALO. ¿Sorprenderme... no señora. Vivimos en la misma casa, somos enfermos, no hay más que un doctor, por lo tanto nada tiene de particular que nos encontremos en el salon de consultas. Pero la mia no es urgente, y como sé que mi presencia es algo penosa para usted, me propongo ahorrarle toda ocasion de mal estar... y me retiro.

CONDESA. No, Gonzalo; deténgase usted, y sea más justo. Por lo que le he dicho esta mañana, ha debido comprender, que si he procurado ántes evitar su presencia, no ha sido porque me fuera desagradable, sino porque la temia; porque de haber sido ménos austera mi conducta, es seguro que habría sucumbido mi conciencia. No he podido expresarme con mayor ingenuidad. Hoy... que el tiempo, la meditacion han hecho su camino, me parece que puedo contar con mis fuerzas; y como no soy tan egoista que me sea indiferente la felicidad de usted, ahora deseo verle, desimpresionarle, hacer cuanto de mí dependa hasta que logre ver afianzado su reposo.

GONZALO. Creo que tambien esta mañana he significado á usted mi gratitud por sus benéficos propósitos, á pesar de que esa clase de bálsamos es bastante ineficaz para mi temperamento. Sabe usted que no soy grandemente aficionado á las medias tintas... ¡Amor ó desa-

mor! La amistad serena, apacible, fria... no podrá aclimatarse entre nosotros. Por lo demas, economice usted, se lo ruego, sus ejercicios de caridad para con mi persona, porque... ya lo está usted viendo; me encuentro bien, resignado, tranquilo: he llenado con usted mis últimos deberes; le he dicho cuanto sentía en mi corazon; ha rechazado usted mis ofertas... Está bien; y no quedándome ya nada en qué pensar... voy á casarme.

CONDESA. Lo sabía.

GONZALO. ¡Ah!... ¿lo sabía usted?

CONDESA. Sí señor.

GONZALO. ¿Y habrá creido que es... un decir por decir, un rumor intencionado, vamos; una ficcion diplomática para interesar á usted...

CONDESA. No he creido nada de eso.

GONZALO. Pues ha hecho usted muy bien; porque en efecto, es una resolucion verdadera, definitiva, irrevocable...

CONDESA. Por todo lo cual le felicito.

GONZALO. ¿Es decir... que usted aprueba...

CONDESA. Cumplidamente, con todo mi corazon.

GONZALO. (Afectando alegría.) ¿Sí? vaya... pues todos contentos... (¡Me están llevando los demonios!) Vea usted por qué sistema tan sencillo hemos venido á un acuerdo... á coincidir en un punto que... (¡Estoy en ridículo!... Esta mujer acabará por volverme loco!...)

CONDESA. Ha sido una feliz inspiracion, amigo mio: doy á usted por ella, y me doy á mí misma, la más cordial enhorabuena. Ha elegido usted un tesoro de gracias y virtudes que le augura un lisongero porvenir. Tendrá usted hogar, afectos, familia, en una palabra, será usted dichoso, que es ciertamente lo que ambiciono para usted.

GONZALO. Basta, señora, basta... (¿Es esto indiferencia ó disimulo...) Me abruma usted con el peso de sus bondades de tal suerte, que casi dudo de su sinceridad, de

su buena fe...

CONDESA. Cómo...

GONZALO. Sí; porque encomia usted con tanto fervor á una jóven, á quien apenas conocemos... habla usted con una calma tan glacial de mi grave resolucion, que ignoro si es un verdadero interés por mi ventura el que la dicta, ó si en el fondo de esa calma se ocultan hábilmente las inquietudes del amor propio ofendido, del despecho tal vez...

CONDESA. Del despecho... ¡oh Gonzalo! ¡qué mal me juzga usted!... tan mal, que hasta, contra su carácter, peca usted de inmodesto.—¡Amor propio ofendido!... Resueltamente no ha comprendido usted todo lo que hay de formal, de penitente en mi conducta.—Y quisiera ofrecerle alguna prueba que le demostrara hasta la evidencia lo grande y leal de mi desinterés... Pero ¿qué prueba... Ah!... sí; no debe andar muy lejos su futura... (Mirando hácia la galería de la derecha.) En efecto, allí está... ¡Si nos habrá oido?... (Llamando.) María!... venga usted, se lo suplico... (Desaparece un momento por la derecha.)

GONZALO. ¿Qué intenta esta mujer?

## ESCENA IX.

CONDESA, MARIA y GONZALO.

CONDESA. (Trayendo de la mano á María.) Venga usted acá, preciosa niña; que ya no hay motivo para esconderse. Han concluido los misterios y las dudas, y deben concluir tambien las vacilaciones.—El señor general proclama en alta voz que codicia la ventura de poseer su mano... (Al general.) y tengo ahora suma complacencia en presentarle á su lindísima futura.

GONZALO. (Lo dicho: esta mujer me asesina con su bondadosa indiferencia.)

CONDESA. (Bajo á María.) Vamos, háblele usted.

MARIA. Sí señora. Hace un momento no me hubiera atre-

vido ni aun á imaginarlo; pero ahora experimento la necesidad de hablarle con franqueza.

CONDESA. Pues ¡ánimo!... los momentos son preciosos... (Alto.) Y como el amor es enemigo de la yerta vejez, y ha pasado ya el tiempo de las dueñas importunas, dejo á ustedes por breves instantes... (Bajo al pasar cerca de Gonzalo.) (¿Duda usted aún de mi desinterés?) (Se retira por el fondo.)

## ESCENA X.

MARIA. GONZALO.

GONZALO. (¡No puede llevarse más léjos la humillacion de un hombre! Quiero casarme... nada más que para darle en ojos, y es ella la que me aplaude y felicita y me pone frente á frente de la que... (Mirándola á hurtadillas.) ¡Pues!... héla ahí, tan estiradita y plegadita como la estátua del silencio... ¡Pobre niña!... estará llena de confusion... habrá que enseñarla á querer... ¡Qué diferencia de almas!... Pero así no nos hemos de estar, hablemos de algo...) Señorita... Aunque nuestra mútua presentacion me parece un poco irregular, supongo que su señor padre le habrá dado conocimiento de la peticion que hoy le he dirigido.

MARIA. Mi padre no me ha dicho ni una sola palabra acerca de esa peticion.

GONZALO. ¿Ní una sola palabra!... Pues eso es más irregular todavía!

MARIA. Podrá serlo...

GONZALO. ¡Vaya si lo es!... y sorprendente, inexplicable... Sin embargo, creo que conoce usted la peticion...

MARIA. Sí señor; completamente.

GONZALO. Del mal el ménos... (Pues la chica no parece que se turba...) Y ¿me tendrá usted por importuno si deseo saber quién es el que se ha tomado el trabajo de revelarle mis pensamientos?

MARIA. No señor; ¿por qué he de hacer á usted esa injusti-

cia? El deseo de usted no puede ser más natural.

GONZALO. Hola!... natural... ¿Con que parece á usted natural...

MARIA. Naturalísimo. Ha tenido usted la bondad de encargar á mi padre que me trasmita una peticion... que me honra demasiado: mi padre nada me ha dicho, y no obstante sé de lo que se trata; nada, pues, más justo que el que usted desee conocer la fuente donde he bebido la noticia.

GONZALO. Tiene usted muchísima razon... y habla usted como un libro.

MARIA. Mil gracias, señor general: pocos son los que hasta ahora he tenido ocasion de leer; pero así y todo, crea usted que en esta clase de asuntos, el que parece que ménos corre... vuela.

GONZALO. Ya... sí; me voy convenciendo de ello, y veo con agradable sorpresa, que posee usted para volar magníficas y brillantes alas...

MARIA. Como los angelitos, ¿no es verdad?

GONZALO. (¿Se está burlando de mí este arrapiezo?...)

MARIA. Sin embargo, caballero, no cuento con otras que con aquellas que me presta la suma indulgencia de usted.

GONZALO. (¡Cáspita con la niña y cómo discretea!...) Bien, señorita, muy bien, pero aún no se ha dignado usted revelarme el conducto por donde ha sabido...

MARIA. Pues voy á complacerle al momento. Hace unos minutos lo ignoraba todo, pero todo me lo ha revelado, con singular discrecion, la señora Condesa.

GONZALO. ¡La Condesa! ¿Ha sido la primera que ha iniciado á usted en el secreto?

MARIA. La primera y la única.

GONZALO. ¡La Condesa... (Pero ¿cómo ha descubierto... ¡Siempre esa mujer!... Es mi pesadilla, mi sombra, el espectro abrumador de mi existencia... Primero ha querido abrasarme en la inmensa hoguera de su amor, y ahora pretende petrificarme con el hielo de su desdeñosa benevolencia...) ¿Y por supuesto que

la señora Condesa habrá hecho á usted, de paso, algunas revelaciones acerca de mi historia, que ciertamente no me...

MARIA. La señora Condesa no me ha contado nada de esa historia, y se ha limitado á tributar á usted elogios muy sinceros.

GONZALO. Elogios!... sí; y sobre todo sinceros... Oh!... La señora Condesa es muy bondadosa y merece el premio del bien hablar. No tiene para nadie palabra mala... (Ni obra buena. Eso es, me elogia para que lo sepa yo, para que me persuada de que le importa un bledo que me case ó no me case... Conozco ya su táctica y por lo mismo preferiría una puñalada á sus elogios.) En horabuena; y aunque no comprendo el por qué esa ilustre dama se ha mezclado en un asunto que no es de su competencia...

MARIA. Ah!... no la culpe usted. Ella nada quería revelarme... he sido yo la importuna...

GONZALO. No, si yo no culpo á nadie: si me es de todo punto indiferente que ella y cuantos quieran se ocupen de mis proyectos. No tienen estos nada de misterioso ni reservado, y con placer los expongo á la luz del dia, porque nadie los hallará fuera de los límites de lo lícito, de lo legal. Digan, pues, todo lo que les plazca, y olvidémonos de los curiosos y entremetidos para pensar y hablar un poco de nosotros.

MARIA. Sea como á usted más le agrade.

GONZALO. ¿Cómo más me agrade... eh? (Repito que esta niña posee un aplomo, una serenidad que casi da al traste con la mia.) Pues bueno, hablemos de lo que nos interesa... ó, por lo ménos, de lo que me interesa á mí. (Breve pausa, en la que se miran el uno al otro.) ¿No tiene usted nada que decirme?

MARIA. ¿Yo? ¿Sobre qué?

GONZALO. ¿Pues no dice usted que la Condesa le ha revelado mis pretensiones?

MARIA. Sí señor.

GONZALO. ¿Y bien? Para salir de dudas me parece ya inútil esperar la contestacion de su señor padre. Usted me contestará por él.

MARIA. Perdone usted si le digo que no participo de su opinion.

GONZALO. ¿Cómo?...

MARIA. Hace pocos momentos encontraba usted alguna *irregularidad* en que la señora Condesa hubiera intervenido...

GONZALO. Ciertamente.

MARIA. Eso prueba que ama usted el buen órden de las cosas, la regularidad en todos los actos de la vida.

GONZALO. En efecto... ¿Y qué?

MARIA. Que no puede parecerle ahora *regular*, que en una pregunta que ha de contestar mi padre, me intruse yo, le quite la palabra y dé á usted la respuesta.

GONZALO. (Cuando digo que esta niña sabe más que Merlin...) ¿Ha estudiado usted jurisprudencia?

MARIA. No señor; pero instintivamente conozco mis deberes... y mis derechos.

GONZALO. Bravo!... Confieso que cuanto le oigo decir, lo encuentro sorprendente, admirable, encantador. El solo aspecto de usted me produjo una viva simpatía; pero no pude preveer que esta simpatía fuera tan justificada.—Tiene usted mucha razon: discurre usted con una claridad y lucidez superiores á sus años, y aunque hubiera deseado que me anticipara la anhelada respuesta, sin embargo, me someto y esperaré oirla de otros labios ménos dulces y halagüeños.

MARIA. Hay un medio para que usted conozca esa respuesta anhelada, sin quebrantar la regularidad que tanto encarece.

GONZALO. ¿Cuál, hermosa niña?

MARIA. El de que yo anticipadamente le confie la respuesta que me propongo dar á mi padre cuando me pregunte.

GONZALO. ¡Pues eso es! ¡Si no deseo otra cosa!

MARIA. Pues verá usted qué bien se arregla todo.

GONZALO. Veamos.

MARIA. Cuando mi padre me pregunte...

GONZALO. Sí; cuando su padre le...

MARIA. Le diré... muy conmovida... llena de rubor... Porque quién no se...

GONZALO. Es claro... adelante!

MARIA. Le diré... El señor general me dispensa un honor tan grande, que traspasa las ilusiones creadas por los sueños...

GONZALO. Oh! nò tanto... Siga usted.

MARIA. Nada más sorprendente para mí... nada más agradable, más simpático...

GONZALO. ¡Muy bien!... Siga usted.

MARIA. Si se hubiera consultado mi deseo: si se me hubiera exigido que préviamente dibujase el hombre á quien con mejor voluntad entregaría mi mano, de seguro que habría trazado una figura muy semejante á la de don Gonzalo de Cienfuegos.

GONZALO. ¡Delicioso!... Siga usted.

MARIA. Pero...

GONZALO. ¡Cómo es eso!.... ¿Tambien hay peros?

MARIA. Sí señor.—Pero como, á lo que yo entiendo, no basta la belleza del físico para afianzar la ventura de dos almas unidas para siempre: como para ello es indispensable que haya una verdadera, afectuosa inclinacion; y como yo, en mi humildad, sólo aspiro á que el hombre que me elija por compañera, me ame... por mí, exclusivamente por mí, no por despique, no por templar el recuerdo de una pasion aún no extinguida... hé aquí que declino la señalada honra con que el señor general intenta favorecerme. Esta es la respuesta que daré, no á usted, sino á mi padre... (Haciéndole una graciosa cortesía y retirándose por la izquierda.) Y queda usted complacido con toda *regularidad*.

## ESCENA XI.

GONZALO, atónito breves momentos.

¿Quiere usted decirme, señor general, si le han dado en toda su vida unas calabazas más rotundas ni mejor salpimentadas? Porque esto es un pasaporte en toda regla... y... ¡á mí!... todo un general de la armada, gran cruz, rico, y no viejo todavía, la hija de un mediquillo de tres al cuarto... ¡Cuidado si la chiquilla es aguda, y linda, y adorable!... Pero ¡es claro!... la Condesa la ha tomado por su cuenta... le habrá dicho... ¡qué sé yo! se habrá despachado á su gusto, para tener el de que yo disfrute de esta nueva satisfaccion. Y eso es ya conducirse con evidente mala fe. ¿Por qué revelar á esa pobre niña nuestras añejas relaciones? ¿qué necesidad habia de enterarla... Pero ¡tate! cuando eso le ha dicho, es una prueba de que quiere impedir mi casamiento, de que le interesa que no me case... Y si es esto, ¿qué es lo que la Condesa pretende hacer conmigo? Ni con ella, ni sin ella.. ¿quiere que me haga ermitaño? ¿que me consagre á la contemplacion como los padres del yermo? Pues ¡no señor! por lo mismo voy á seguir con más empeño esta conquista. Sí; quiero vengarme, usar de todos los medios para mortificarla, atormentarla... y áun así, ¡no sentirá más que una mínima parte de lo que por ella he padecido!... (Mirando al fondo.) Allí vuelve con el doctor... no quiero hablar más con ella... Necesito respirar en otra atmósfera: voy á que me den un calmante en la botica. Tengo crispados los nervios... uf!!... (Desaparece por la galería de la derecha, y se adelantan por la del fondo la Condesa y Olivares.)

## ESCENA XII.

CONDESA, OLIVARES.

OLIVARES. (Limpiándose el sudor.) Sí señora; sudando como un fogonero; el guarda me ha encontrado cerca de la gruta...

CONDESA. Lo siento mucho, amigo mio; pero ¿por qué se ha dado usted ese mal rato? ¿qué urgencia era esa...

OLIVARES. ¡Ah, señora! Hace muchos años que no me he visto en una situacion tan comprometida... ni tan agradable.

CONDESA. ¿Es posible? y ¿qué es ello?

OLIVARES. Lo más inesperado, lo más inaudito... Llevo dos horas de confusion, de aturdimiento, que se las doy al más...

CONDESA. Vamos, tranquilícese usted...

OLIVARES. Eso procuro; pero no lo puedo conseguir. Por lo mismo quería consultar con usted, con usted, que más serena que yo, podrá darme alguna luz.

CONDESA. Pero ¿de qué se trata?

OLIVARES. Se trata nada ménos que del casamiento de mi hija. Pero ¡asómbrese usted!... con...

CONDESA. El general Cienfuegos.

OLIVARES. ¡Calle! ¿lo sabia usted?

CONDESA. Sí señor.

OLIVARES. Pero... ¿por dónde... Yo no he dicho á nadie una palabra... Habrá sido mi mujer, que es lo más parlanchina...

CONDESA. No, doctor; sea usted más justo con su señora. El criado del general se lo ha dicho á mi doncella; ésta á mí; yo, á su hija de usted, y su hija de usted ha tenido ya una entrevista con el general.

OLIVARES. (Absorto.) ¡Ánimas benditas! Y la que se va á armar aquí!! ¡Señora!... Todo eso ha pasado?

CONDESA. Como lo está usted oyendo. Pero, ¿por qué se maravilla, por qué se apura?... Á lo que entiendo, es un

excelente partido para María: el general parece que desea casarse pronto, y en el interés de ustedes está que se acorten los plazos y distancias, ántes de que cualquiera accidente inexperado pueda influir en la resolucion del general.

OLIVARES. Sí señora; todo eso está muy bien pensado y mejor dicho; pero para casarse se necesitan papeles... partidas de bautismo, de casamiento de los padres como Dios manda...

CONDESA. ¿Y bien?

OLIVARES. Que mi pobre María no puede presentar esos papeles: su partida de bautismo está en blanco, y la de casamiento de sus padres sospecho que ni aún existe... ¡Qué vergüenza!... ¿no es verdad?

CONDESA. Pero doctor... ¿eso pasa? ¿es posible que un hombre como usted...

OLIVARES. Señora!... ¡no me acuse usted por el amor de Dios! Yo no soy lo que parezco... ¡Siempre he respetado la moral!... El nacimiento de esa niña es un misterio, acerca del cual me labo las manos... Pero ¿cómo se le dice al General...

CONDESA. En efecto, no podria presumir... ignoraba esa circunstancia... Pero ¿qué culpa tiene la pobre María? Ademas, no es la primera que se encuentra en ese caso; y como el general, es de creer, que no se habrá prendado de ella por los timbres de su cuna, opino porque le hable usted con franqueza...

OLIVARES. Ya!... con franqueza... así lo haría; pero es el caso que no puedo hablar con franqueza ni sin ella, porque estoy ligado á un juramento...

CONDESA. ¿Otra dificultad? ¡Un juramento!...

OLIVARES. Si señora; un juramento formal, sagrado... y del que nadie puede absolverme, nadie... como no sea usted.

CONDESA. (Sorprendida.) ¡Yo!... ¿qué está usted diciendo?

OLIVARES. Digo que ese juramento lo hice á su madre de usted: su señora madre ya no existe, y como usted es

heredera de su madre... eso es; la Providencia ha enviado á usted á este establecimiento para salvarme en tan crítica situacion.

CONDESA. (Con severidad.) Señor Olivares, no comprendo á usted... ¿Sabe usted lo que se dice? ¿está usted seguro de su juicio?

OLIVARES. Me parece que sí... aunque no lo afirmo... porque mi cabeza está hoy...

CONDESA. (Con acritud.) ¡Desvariando!... Ha nombrado usted á mi madre, y no sé que aquella señora, que fué un modelo de virtudes, tenga nada que ver con el nacimiento de María.

OLIVARES. Ah!... lo que es eso... ¡muchísimo!...

CONDESA. ¡Esto es por demas!... Acabemos, explíquese usted.

OLIVARES. Á eso voy... si es que puedo ordenar mis ideas... Ya verá usted... Se lo diré todo y usted juzgará, señora Condesa. (Mirando á todos lados.) Nadie nos oye.—Pues ello es que hará sobre unos veinte años que yo, con grandes penalidades y estrecheces, habia concluido mis estudios.—Mis padres eran pobres, muy pobres, y pobremente murieron, dejando sumidos en su pobreza á mis tres hermanitos y á mí, que era el mayor y el más desdichado de todos.—No pude, pues, revalidarme: tuve que irme á la aldea... allí, cerquita de Alfaro, para proveer, con la ayuda de Dios, al sustento de aquellas criaturitas. En esta situacion, su excelente madre de usted, llegó á la aldea para visitar sus inmensas propiedades, y enterada, no sé por quien, de mis aflictivas circunstancias, me llamó y me dijo:—«¿Qué necesita usted para practicar y utilizarse de su carrera?»—Necesito, le contesté, de lo que no tengo, de una cantidad fabulosa... lo ménos de dos ó tres mil reales.» Pues ahí van dos mil duros... ¡Dos mil duros!... ¿Oye usted? y ¡en billetes de banco! «Tome usted sus grados, añadió; establézcase usted y sea feliz.» Aturdido y sollozando me arrojé á sus piés, le besé

las manos... digo, señora me parece que aquel rasgo lo merecía...

CONDESA. Sí, bueno; pero no se detenga usted, siga por Dios...

OLIVARES. Tributado el homenaje de mi gratitud, su señora madre, repuso: «No crea usted, amigo Camilo, que el favor que le dispenso es completamente desinteresado. Tambien yo necesito que usted á su vez me haga otro que será para mi de grandísima importancia.» ¡Señora! le dije; toda la sangre de mis venas que usted me pida, será corto sacrificio para demostrarle...» Pues bueno, concluyó; espéreme usted mañana, solo, en su casa á la media noche. Y nos separamos. En efecto, al dia siguiente y á la hora convenida, apareció su madre de usted, y me entregó envuelta en finísimas telas, una criatura recien nacida.

CONDESA. (Dejando escapar un grito.) ¡Ah!...

OLIVARES. «Tome usted», me dijo: «Esta niña se llama *María del Desamparo.* Sus padres han fallecido; trasládese usted á otro pueblo; críela usted como si fuera su hija y yo cuidaré de lo demas.»

CONDESA. ¡Dios mio!... pero esa niña, no murió?

OLIVARES. ¡Cá! Ahí tiene usted el juramento de que ántes he hablado. Su madre de usted me exigió que jurára por la salvacion del alma de mis padres, que á nadie en la tierra declararía lo que acababa de pasar entre nosotros; que dijera siempre que era mi hija...

CONDESA. (Con extremada agitacion.) ¡Santo Dios!... ¿qué es lo que estoy oyendo... ¿Y usted cumplió...

OLIVARES. ¡Sí señora! fielmente hasta este momento, en que por lo extraordinario del caso, he tenido que...

CONDESA. ¡Bendita sea la misericordia de Dios!... Es para volverse loca... ¿Y conserva usted alguna de las prendas que llevaba puestas...

OLIVARES. ¿La niña?... Sí señora; justamente esta mañana, á consecuencia de la peticion del general, me eché en el bolsillo la gargantilla de perlas que traía... y aquí

está, mírela usted...

CONDESA. ¡La misma que yo le puse!...—(*Besándola y sollozando.*) ¡Hija de mi corazon!!...

OLIVARES. (*Estupefacto.*) Eh!... ¡qué dice usted!... ¡Su hija!...

CONDESA. Sí, doctor; ¡mi hija!... no tengo para qué ocultarlo, soy ya libre... ¡es mi hija!... ignoraba su existencia... Mi madre la recogió al nacer, y sin duda, para evitar los compromisos de mi estado matrimonial, me dijo á los pocos dias que la niña había muerto de un accidente en la aldea donde se criaba.

OLIVARES. ¿Con qué es decir, que mi hija, mi hermosa María, tiene una madre ilustre...

CONDESA. ¿Dónde está?... quiero verla, abrazarla, comérmela á besos...

OLIVARES. ¡No señora!... un poquito de calma... Déjeme usted por Dios que la prepare; la sorpresa pudiera ser grave...

CONDESA. (*Abrazándole.*) ¡Ah doctor!... ¡qué bueno es usted!... (*Dirigiéndose á la izquierda y apoyándose fatigada en el respaldo de un sillon.*) ¡No!... no mata la felicidad, porque vivo todavía!...

OLIVARES. (*Paseándose á grandes pasos y murmurando.*) Yo no sé quién soy... ni lo que me pasa; pero sé que María pertenece á una clase distinguida, y que ya puede casarse dignamente con el general. (*Aparece Gonzalo por la derecha.*)

## ESCENA XIII.

CONDESA, GONZALO, OLIVARES.

GONZALO. (¿Aún aquí estos señores?)

OLIVARES. Ah!... Señor general, y qué á tiempo llega usted!... Dirá usted, y con razon, que soy un hombre poco exacto...

GONZALO. Ps!... no soy tan exigente...

OLIVARES. (*Sacando el reloj.*) Sin embargo, han pasado diez minutos sobre las dos horas que tuvo usted la dig-

nacion de señalar, y no me perdonaría este exceso si no fuera porque han ocurrido cosas que...

GONZALO. Sí, ya comprendo... no se moleste usted...

OLIVARES. Oh!... eso no; me ha dispensado usted una honra superior á todas mis esperanzas, y es para mí un deber darle todo género de explicaciones.

GONZALO. (Vamos, quiere ratificar la repulsa de su hija, y la otra desea presenciar mi derrota... ¡Es divertida la situacion!) Bueno, bueno, señor Olivares; me parece que adivino... ya trataremos de eso... á solas.

OLIVARES. No, si no hay inconveniente en que hablemos...

GONZALO. Pero pudiera yo tenerlo.

OLIVARES. ¡Usted!... ¿inconveniente en ver satisfechas sus esperanzas?

GONZALO. ¿Eh?... ¿cómo es eso? ¿satisfechas mis...

OLIVARES. Pues sí señor; y si usted me permite que le diga...

GONZALO. Hable usted.

OLIVARES. Desde el momento en que tuvo la bondad de honrarme con la peticion, en toda regla, de la mano de mi hija... quiero decir, de María, por mi parte no hubiera vacilado en aceptàr en el acto la ventura que llamaba á nuestras puertas. Pero yo no podía proceder de ligero: tenía que salvar ciertos compromisos, consultar, por ejemplo, con la madre de María... porque mi hija ¡tiene madre!... Señor general.

GONZALO. ¿Madre!?

OLIVARES. Pero ¡qué madre!... una madre noble, esclarecida...

GONZALO. Me es igual... Segun eso, ¿aún vive?

OLIVARES. ¡Ya lo creo!... y llena de frescura...

GONZALO. Dios la conserve muchos años.

OLIVARES. Amen!...

GONZALO. Perfectamente. Ha consultado usted... Y bien, ¿qué dice esa nobilísima señora, madre de la hija de usted?

OLIVARES. (Mirando de vez en cuando á la Condesa.) Dice... ¡es claro!... la ilustre madre de María dice... digo, me parece que no podrá ménos de decir...

GONZALO. ¿Qué podrá decir?

CONDESA. La madre de María dice que su hija no se casará nunca con el señor general.

OLIVARES. (Asombrado.) ¡Santísima Vírgen...

GONZALO. Señora, me sorprende mucho que despues de lo que ha sucedido, se crea usted con derecho para intervenir en mis asuntos privados.

OLIVARES. ¡Cómo que no tiene derecho! Lo que es eso, perdone usted, pero la señora Condesa tiene un derecho indisputable...

GONZALO. ¿Cuál!

OLIVARES. El más sagrado... ¡no es cosa! Como que la señora Condesa es nada ménos que la... ¿no es verdad, señora?

GONZALO. ¿Qué es?

CONDESA. (Con resolucion y acento solemne.) Soy... la madre de María!

OLIVARES. (Con entusiasmo.) ¿Lo está usted oyendo? lo que yo decía á usted... ¡la madre de María!

GONZALO. (Con profunda sorpresa y creciente ira.) ¿Qué ha dicho... ¿Soy juguete de alguna quimera... ¿Habré oido mal?... ¿Usted... usted tenía una hija... y cuidadosamente me lo ha ocultado? Y ¡esto descubro despues de tantas protestas de ternura!... ¡Usted una hija!!... ¿Y es el señor... ¡el señor!... el padre de María!...

OLIVARES. (Aturdido.) Hombre... precisamente el padre...

CONDESA. (Rompiendo en una carcajada histérica.) Já!... já!... já!... ¿El señor... Já!... já!... já!... (Bajo á Olivares.) (Doctor... doctor... el brazo... ¡no puedo más!... á mi cuarto por Dios...) Já!... já!... já!...

OLIVARES. Sí señora... apóyese usted... ¡valor!... (Esta risa no me gusta...) (Se retiran por el fondo.)

## ESCENA XIV.

GONZALO, con creciente exasperacion.

¡Qué nueva decepcion es esta?... Pero ¿háse visto mayor cinismo... conducta más escandalosa? Y se

rie... ¡ahora me explico su estancia en estos baños!... Jaquecas... nervios... ¡mentira! todo ficcion, todo farsa, pero una farsa execrable. Lo que aquí la ha traido y la detiene, es el director de las aguas... ¡el padre de su hija!... Y yo... ¡necio, estúpido de mí!... que he tributado á esa mujer una adoracion que sólo merecen los ángeles... ¡qué ceguedad!... miéntras que ella fingia corresponderme y á la vez hacía dueño de sus encantos á un hombre vulgar, á un simple estudiantillo... ¡Qué horror, qué horror! Pero ¿es posible que la perfidia, que la maldad humana lleguen á tanto extremo? ¿Qué duda puede haber ante la evidencia? ¿No es ese hombre padre de María? Y ella ¿no acaba de declarar, aquí mismo, que es la madre de esa jóven?... ¿Qué he sido yo, pues, para la Condesa? ¡Ira de Dios!... ¡qué engaño!... ¡qué infamia!... Oh!... no quedarán impunes...

## ESCENA XV.

FLORENTINA, GONZALO.

FLORENT. Pero señor general... ¿otra vez le encuentro alborotado? ¿Cómo quiere usted que su salud...

GONZALO. Señora!... mi salud es lo que ménos hoy me importa. Quiero matar y morir...

FLORENT. ¡Ay, qué miedo! Sosiéguese usted, ¿qué ha pasado?

GONZALO. ¿Qué ha pasado? Que su marido de usted es un miserable.

FLORENT. ¡Cómo!... repórtese usted... mi marido es un pobre hombre; pero por lo demas... ¿Acaso ha negado á usted la mano de María?

GONZALO. Ya no me cuido de su mano... pero por su causa he descubierto la mayor, la más grosera de las intrigas.

FLORENT. ¿Eh!

GONZALO. ¿Sabe usted de quién es hija María?

FLORENT. Toma!... de mi marido.

GONZALO. Sí, bien, pero la madre, ¿sabe usted quién es la madre?

FLORENT. No señor. Cuando nos casamos me dijo que era su hija, y puso por condicion que jamás le preguntára acerca de su nacimiento.

GONZALO. ¡Ya lo creo!... ¿Y usted nunca ha sospechado...

FLORENT. No señor.

GONZALO. ¡Qué ciega, qué ciega ha sido usted!

FLORENT. ¿Ciega!...

GONZALO. Sí; ciega... ¡como yo!

FLORENT. Pero, señor general... no comprendo... ¿existe, acaso, la madre de María?

GONZALO. ¡Vaya si existe!... y aquí cerquita... al lado de su marido de usted.

FLORENT. ¡Qué escucho!... ¿eso es posible? ¿quién es?

GONZALO. No es otra que la Condesa.

FLORENT. ¡Jesús!!... ¿la Condesa... la Condesa?!... pero ¿está usted seguro?

GONZALO. Segurísimo; como que ella hace un momento, y aquí mismo, lo ha publicado.

FLORENT. ¡Qué escándalo! ¡qué infidelidad!... Mire usted; ya tenía yo mis sospechas...

GONZALO. Hola!... ¿sospechas... ¡Le voy á atravesar de una estocada!

FLORENT. ¿Á la Condesa?

GONZALO. No señora; á su marido de usted.

FLORENT. ¡Ay!... eso no: es muy criminal, es cierto... y agradezco á usted el interés que se toma... pero yo sé lo que debo hacer.

GONZALO. Nada, señora; ese hombre y yo no cabemos en el mundo. (Retirándose precipitadamente por la izquierda.) ¡Voy á preparar mis armas!

## ESCENA XVI.

FLORENTINA.

Se va... y se va furioso... y le matará... y me que-

daré viuda... y luégo querrá casarse conmigo... ¡Sí! porque ese interés... no hay duda; he inspirado una pasion violenta á ese apreciable general. ¡Qué compromiso... ¡qué de estragos preveo en lo porvenir!... ¡Hola, señor Olivares! ¿esas tenemos? ¿así se mistifica á una esposa modelo de lealtad y consecuencia? ¡Eso es querer que me arroje en el abismo de las humanas debilidades!!... (Sale Olivares por el fondo frotándose las manos y muy contento.)

## ESCENA XVII.

FLORENTINA, OLIVARES.

OLIVARES. Gracias á Dios que he logrado calmarla... Florentina mia... ¡qué de cosas...

FLORENT. (Con acento trágico.) ¡Huye, infeliz!

OLIVARES. Eh!?

FLORENT. ¡Huye, criminal... Tus horas están contadas.

OLIVARES. ¡Cómo que contadas...

FLORENT. Sí!... el general quiere derramar tu sangre...

OLIVARES. ¡Mi sangre!... ¡Vaya una ocurrencia!... Y ¿por qué? ¿qué le he hecho yo?

FLORENT. ¿Quieres disimular? Será en vano... ¡Todo se sabe!

OLIVARES. Todo?... (Queriendo abrazarla.) Pero vida mia...

FLORENT. (Rechazándole y dirigiéndose á la derecha.) ¡Aparta, infame libertino! ¡No te acerques á mí!

OLIVARES. (Siguiéndola.) ¡Qué dices?... ¡Oye!...

FLORENT. ¡Todo ha concluido entre los dos!... (Retirándose por la derecha.) ¡El divorcio!... ¡el divorcio... ó la muerte!...

## ESCENA XVIII.

OLIVARES atónito.

Anda!... Pero señor ¿es esto una casa de Orates? ¿Qué le ha dado á mi mujer? ¿qué ha pasado aquí?... ¿por qué el general la ha tomado conmigo? (Sale Ro-

dela por la izquierda con dos sables, dos espadas y una caja de pistolas.)

## ESCENA XIX.

OLIVARES, RODELA.

RODELA. Aquístan las pistolas, la sespás y lo zarfanjes.

OLIVARES. Y qué?

RODELA. Su silensia ma dicho que vaya su mersé descogiendo entre esta menuensia, tan y miéntras quel sa yega por aquí.

OLIVARES. Yo? ¡quite usted, hombre! ¿para qué quiero yo eso?

RODELA. ¿Pa qué? pa entregá la geta en la positura que mejó le guste.

OLIVARES. Vaya, vaya; déjeme usted en paz. Dígale á su amo que no soy hombre de esas costumbres: que mire lo que hace... que es víctima de alguna ofuscacion...

RODELA. Yo no le igo á mi amo que es pítima é ninguna suflocasion. Y sobre to; igaselusté á su silensia... que ahí viene dando resoplios.

OLIVARES. (Escapando por la derecha.) Viene?... pues ¡vuelvo!...

RODELA. ¡Oigasté!... ¿Me voy á quear aquí con to este armario?

## ESCENA XX.

GONZALO, RODELA.

GONZALO. (Saliendo precipitadamente por la izquierda.) ¿Adónde está ese hombre?

RODELA. Por ayí va con más piernas cuna liebre.

GONZALO. ¡Ah, cobarde!... ¿huye de mi justa venganza? pues no se escapará. ¡Sígueme! (Desaparece por la derecha.)

RODELA. (Siguiendo á su amo.) Arsa!... ¡vamos á casar un méico!... ¡Que Dios l'aiga perdonao!... (Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

## ESCENA PRIMERA.

OLIVARES, saliendo apresuradamente por el fondo.

Ese hombre me sigue... ¡me persigue!... Sus intenciones no son muy católicas... Guardemos el bulto hasta que pase la tormenta. (Se dirige azorado á la derecha, á tiempo que aparece Rodela con las armas lo mismo que á la conclusion del acto anterior.)

## ESCENA II.

OLIVARES, RODELA.

RODELA. ¡Arto á la ronda!...

OLIVARES. (Cambiando de direccion y encaminándose á la izquierda.) ¡Otra te pego... huyamos por aquí! (Aparece Florentina atajándole el paso.)

## ESCENA III.

FLORENTINA, OLIVARES, RODELA.

FLORENT. ¡Aún vives!

OLIVARES. (Dándole la espalda.) ¡Huf! ¡la arpía de mi mujer! ¿No habrá tierra para mí? Volvamos grupas... (Intenta dirigirse al fondo y aparece en él Gonzalo.)

## ESCENA IV.

FLORENTINA, OLIVARES, GONZALO, RODELA.

GONZALO. Ya es mio, no hay escape.

OLIVARES. (Desde el centro del escenario, viendo tomadas todas las salidas.) (¡Caí en la ratonera!...) (Con acento de desesperacion.) Pero... ¡señores! ¿qué escándalo es este? ¿qué quiere decir esta inaudita persecucion á un hombre de mis circunstancias, á un funcionario público en el ejercicio de sus deberes oficiales?

GONZALO. Lo sabrá usted al momento. (Á Rodela.) Deja ahí las armas y vete.

RODELA. (Colocándolas sobre el divan más inmediato.) Á la leva!.. (Oliendo á Olivares al pasar por su lado.) (¡Est'hombre está ya ifunto!)

## ESCENA V.

FLORENTINA, GONZALO, OLIVARES,

GONZALO. (Á Florentina.) Tengo que hablar con el doctor... y ruego á usted, señora...

FLORENT. Comprendo, general, comprendo sus intenciones, y le sobra la razon... Pero permítame usted que permanezca al lado de mi marido, aunque, á decir verdad, no lo merece.—¡Debo, sin embargo, hacer todo lo posible por evitar una catástrofe!

OLIVARES. (Muy alarmado.) Eh!? ¿ha dicho catástrofe?

GONZALO. (Á Florentina.) Suplico á usted que por breves momentos...

OLIVARES. (Asiendo la falda de Florentina.) ¡Ni por breves ni por largos! ¡Pues me gusta la ocurrencia!... ¿Con qué derecho se pretende alejar á una mujer del lado de su legítimo esposo? ¿Adónde está la mujer honesta más

honrada que al lado del hombre...

GONZALO. Que la engaña, que abusa de su buena fe, que la ha puesto en ridículo...

OLIVARES. ¿Yoo!...

FLORENT. ¡Tiene mucha razon el señor general!... (¡Qué apasionados son estos marinos!)

OLIVARES. El señor general no tiene razon ninguna!

GONZALO. Es usted un hipócrita!...

OLIVARES. Ham!...

FLORENT. Un mónstruo de inmoralidad!

OLIVARES. ¡Hom!... Señores... señores!... Esta es una situacion violenta, insostenible...

GONZALO. Pues por eso deseo que tengamos una explicacion solas...

FLORENT. Eso es; explícate... ó me voy.

OLIVARES. (Deteniéndola.) Ni me explico ni te vas; porque esta es la hora en que ignoro á qué viene esa explicacion, sobre qué debo explicarme, y si ustedes, ó yo, ó todos juntos nos hemos vuelto locos.

GONZALO. Se necesita valor, por no decir frescura, para expresarse en esos términos.

FLORENT. No creí que fueras capaz de tanto disimulo, ni que con tanto aplomo...

OLIVARES. Pero... ¡por los ángeles!... ¿cuál es mi delito?

GONZALO. No puede estar más á la vista.

OLIVARES. (Mirando en todas direcciones.) ¿Adónde está, adónde se oculta?

FLORENT. ¡Te voy á confundir!

GONZALO. No, déjeme usted á mí... ¿No es usted el padre de María?

OLIVARES. ¿Y qué?

GONZALO. ¿No ha declarado, aquí, la Condesa, que es su madre?

OLIVARES. ¿Y qué?

GONZALO. ¿Y qué! Que usted y la Condesa, que es la mujer de quien he hablado á usted esta mañana, están hace más de veinte años en íntimas relaciones: que la

Condesa, durante ese tiempo, me ha engañado indignamente, así como usted, de la propia manera, ha hecho traicion á sus juramentos y engañado á su mujer.

FLORENT. ¡Tómate esa! ¿Qué tienes que decir?

OLIVARES. ¿Qué tengo que decir?... Que son ustedes un par de mentecatos: que les perdono el mal rato que me han hecho pasar, en gracia de la satisfaccion con que voy á confundirlos.

FLORENTINA y GONZALO. ¡Confundirnos!

OLIVARES. Sí señor, y sí señora, ¡á confundirlos!... para que no vuelvan á desvariar y dar abrigo á tan malos pensamientos. ¡Ahora lo comprendo todo!... Venga usted acá, santo varon, y muérase de repente. ¿No recibió usted... allá por los años de mil ochocientos cuarenta... y tantos, un medallon con una carta de la Rioja, en la que una ilustre enferma le anunciaba el nacimiento de una niña sietemesina?

GONZALO. Una niña... en efecto; recibí esa carta que me inundó de felicidad... pero recuerdo tambien que á los pocos dias, y por el mismo conducto, se me dijo que la niña habia fallecido en la aldea donde se criaba.

OLIVARES. Pues no señor, á Dios gracias no le sucedió ése percance, ni otro ninguno.

GONZALO. ¡Gran Dios!... ¿qué dice usted?

OLIVARES. Lo que está usted oyendo. Todo ello no ha sido más que una fábula inventada, con muy buena intencion, por la madre de la señora Condesa, á fin de salvar á esta de los compromisos que debia crearle el nacimiento de una hija... que por razones que usted comprende, no podia reconocer como suya su marido y conjunta persona. Á las pocas horas de nacida la criatura, la susodicha madre de la Condesa la llevó al pueblo donde yo residia y me dijo: «Esta criatura ha perdido á sus padres; críela usted como si fuera su hija...» Y poco despues dijo á la señora Condesa que la niña, víctima de un accidente, habia

dejado de existir. Trasladé mi residencia en cumplimiento de las órdenes de la inflexible abuela, y ésta dos años despues murió súbitamente del cólera, llevándose á la tumba el secreto de la existencia de la niña. Hé aquí el caso... ¿y ahora... qué dice usted?

GONZALO. (Aturdido.) ¡No tiene límites mi asombro, mi sorpresa!... ¿Conque segun eso, aquella niña vive... y ¡es María!?

OLIVARES. Sí señor, María, y goza de perfecta salud.

GONZALO. Y es hija de la Condesa... y mia!...

OLIVARES. Pues claro está. Ya puedo decirlo, ya me veo libre de mis juramentos, porque la señora Condesa, que hasta hoy tampoco ha descifrado este enigma, la ha reconocido y tambien el collar de perlas que puso á la niña tan luégo como la dió á luz.

GONZALO. ¡Qué sorpresa tan inesperada... tan deliciosa... Pero ¡qué ofuscacion la mia, qué atropellamiento...

OLIVARES. Sí señor, es usted un atropellado, un...

GONZALO. Perdone usted, doctor...

OLIVARES. ¡Á buena hora...

GONZALO. Es usted un excelente hombre...

OLIVARES. Gracias. ¡Vaya una noticia!

GONZALO. (Paseándose y hablando como si estuviera solo.) ¡Mi hija!... ¡Mi hija!... ¡Tengo una hija adorable, encantadora!... ¡La realizacion de mis sueños!... ¡Mi salvacion en la soledad á que vivo condenado... ¡Soy feliz!... ¡sí, muy feliz!... ¡Ya tengo á quien amar y quien me ame!... ¿Qué me importa lo demas?... ¡Ah señora Condesa!... Ha pisoteado usted mi corazon... Ahora me toca á mí... (Retirándose por la izquierda.) ¡La Providencia! ¡La Providencia!

## ESCENA VI.

FLORENTINA, OLIVARES.

OLIVARES. (Cruzado de brazos contempla un momento á Florentina. Esta baja la cabeza llena de confusion.) ¿Se puede saber,

señora mia, qué fué aquello de... ¡El divorcio, ó la muerte!...

FLORENT. Olivares... perdona... aquello fué una lamentable equivocacion... Las apariencias me indujeron...

OLIVARES. (Remedándola.) «Las apariencias me indujeron... perdona...» Pues!... y con decir eso, ya se arregló todo ¿no es verdad?

FLORENT. Las apariencias eran tan fuertes...

OLIVARES. ¡Dale con las apariencias? «Las apariencias engañan.» «No hay que fiar de apariencias.» Así lo advierte el proverbio á las naturalezas bien organizadas.

FLORENT. Pero, felizmente, nada se ha perdido...

OLIVARES. Pero ha podido perderse mucho. Mi reputacion... ¡Un divorcio!... Psé!... vamos, lo del divorcio podia pasar; pero ¡haber colocado á un médico en la horrible situacion de batirse, de morir á manos de ese Otelo!... Porque de seguro me ensarta... Como que soy un palomo sin hiel y no sé manejar otras armas que las de mi honrosa profesion.

FLORENT. (Sollozando.) ¡Yo no te habria sobrevivido!

OLIVARES. ¡Buen consuelo para un difunto!... ¡Qué desengaño! ¡qué ligereza!... aquí se han perdido hasta las más triviales nociones del sentido comun... ¡Difamar á la señora Condesa! ¡dudar de mi moralidad!... ¡Esto no puede quedar así!

FLORENT. ¡Cálmate, por Dios, Camilo!... Tú que eres tan manso...

OLIVARES. Eh?... ¿qué es eso de manso?

FLORENT. Quiero decir bondadoso, apacible, y por lo tanto perdonarás...

OLIVARES. Yo puedo olvidar mis agravios; pero no puedo perdonar los agenos. ¡Eso no!

FLORENT. ¿Los agenos? ¿De quién...

OLIVARES. Los de la Condesa. ¡Pues ahí es nada!... ¡La hija de mi noble protectora!

FLORENT. Ya... sí; pero ¿qué le hemos de hacer?

OLIVARES. ¿Qué? Lo que debe hacerse cuando se incurre en un

error; confesarlo, pedir perdon á la víctima...

FLORENT. Pero si...

OLIVARES. No hay pero que valga; la rectitud sobre todo.—Vé á confesarte con la señora Condesa, y no vuelvas á verme hasta que hayas alcanzado su absolucion.—Sólo á este precio reconquistarás mi gracia.

FLORENT. (Desapareciendo por el foro.) Voy!... voy!...

## ESCENA VII.

OLIVARES.

¡Qué dia, señor, qué dia! No he pasado uno peor en los cuarenta y cinco años que cuento, de los cuales llevo veinte de profesor, y ocho de casado. No he podido tomar un pulso á derechas, ni hacer una observacion patológica: mis registros yacen abandonados, y lo que es peor aún... ¡oh dolor! (Enterneciéndose gradualmente.) abandonado á mi vez por esa niña encantadora, á la que he criado con tanto afan, desde que era chiquirritita... Voy á quedarme solo, completamente solo... ¡con mi mujer! Porque es seguro que sus ilustres padres se la llevarán, eso es evidente, y no hay medio de evitarlo. ¿Qué va á ser entónces de mí? ¿De mí... que me gustan tanto las niñas chiquititas... así... y más grandecitas... y de todos los tamaños... ¡Allí viene! ¡bendita sea!... Voy á perderla para siempre... ¡Pobres enfermos!... Desde hoy no respondo de la salvacion de nadie.

## ESCENA VIII.

CONDESA apoyada en MARÍA, FLORENTINA, OLIVARES.

CONDESA. ¿Conque ya lo sabe todo?

OLIVARES. (Procurando disimular su emocion.) Todo, señora, todo.

MARIA. ¿Qué tiene usted, padre mio? ¿ha llorado usted?

OLIVARES. (Esforzándose por aparecer sereno sin conseguirlo.) ¿Quién?

¿yo? ¡bah!... nada de eso, hija mia... Ah! quiero decir, señorita doña...

MARIA. ¿Qué está usted diciendo? ¡Señorita doña.... Quiero que me llame usted como siempre, que me trate con el cariño y franqueza de toda la vida. Mi nueva situacion no puede alterar en nada los sentimientos de amor, respeto y gratitud que ha sabido usted inspirarme.

OLIVARES. Ya... sí; pero las circunstancias...

FLORENT. Cierto; las circunstancias han cambiado tan radicalmente...

CONDESA. Dice muy bien María. No pueden existir circunstancias que menoscaben en lo más mínimo el derecho adquirido por usted á continuar considerándola como una hija querida. Ha cumplido usted con tan delicado esmero, con tanta nobleza los deberes que se impuso, que al efecto y gratitud de María, debe usted añadir el de sus padres.

OLIVARES. ¡Ah, señora!... gracias... (Volviendo á enternecerse.) Pero la verdad es que más ó ménos pronto...

FLORENT. (Imitando á su marido.) Sí; más ó ménos pronto... acaso hoy mismo...

OLIVARES. Tendremos que separarnos...

MARIA. ¡Separarnos!

FLORENT. (Rompiendo á llorar.) ¡Y tal vez para siempre!

TODOS. (Llorando, ménos la Condesa.) ¡Qué desgracia!

CONDESA. Vamos, vamos, señores; tregua á la afliccion. ¿Por qué pintar lo porvenir con tan negros colores? ¿Ya no habrá para nosotros más esperanza que la de una eterna separacion? ¿No somos libres?

OLIVARES. (Animándose por grados.) Lo que es eso...

FLORENT. (Lo mismo.) ¡Ah!

CONDESA. ¿Quién impide á usted establecerse en Madrid los inviernos y ejercer su profesion á nuestro lado?

OLIVARES. Ps... lo que es allí no faltan pulmonías... Aquel Guadarrama es un tesoro para la ciencia.

FLORENT. ¡Qué bella inspiracion la de la señora!... ¡Madrid!...

CONDESA. Y en cuanto al verano, ¿quién nos puede impedir que vengamos juntos á disfrutar de la frescura y amenidad de estas montañas?

OLIVARES. Bien mirado... nada hay en ello de inverosímil.

FLORENT. ¡Qué ha de haber? es un plan inmejorable..., ¡la córte!...

MARIA. ¿Lo ve usted? Siempre juntos.

OLIVARES. No deseo otra cosa.

FLORENT. Ni yo.

TODOS. ¡Qué felicidad!

CONDESA. Ahora sólo falta que el general apruebe...

OLIVARES. Oh!... el señor general...

CONDESA. ¿Cree usted que se mostrará propicio...

OLIVARES. Es indudable.

FLORENT. Es seguro.

OLIVARES. Y ahora que le cogemos en el paroxismo de un amor paternal súbito, inesperado, fulminante...

FLORENT. Y poseyendo un corazon tan ardiente, tan apasionado...

OLIVARES. (Remedándola.) ¡Apasionado! ¡ardiente!... ¿qué sabes tú?

FLORENT. No hay más que oir el timbre de su voz...

OLIVARES. Bah!... pamplinas!

FLORENT. Tengo para eso un instinto...

OLIVARES. Lo que tú tienes es...

CONDESA. ¡Silencio!... aquí viene su criado...

FLORENT. Si traerá alguna mision...

OLIVARES. Chut!...

## ESCENA IX.

DICHOS, RODELA, que al entrar en escena se quita el sombrero y saluda arrastrando los piés.

RODELA. Con toa la pulítica y conmiserasion debía...

OLIVARES. Adelante. ¿Qué dice el señor general?

RODELA. Mi amo no ise má, sino que quisiá jechá una garlá con ese peaso é gloria (Señalando á María.) que Dios la

dao pa remedio de toas su jiscordansias.

OLIVARES. (Á las señoras.) ¿Qué ha dicho?

MARIA. Pues yo bien le he comprendido.

FLORENT. Y yo.

MARIA. Y estoy pronta á ir y arrojarme en sus brazos.

CONDESA. Pues vé.

MARIA. Si! sí!...

FLORENT. Y yo la acompañaré.

MARIA. Vamos, vamos. (Se retiran por la izquierda.)

## ESCENA X.

CONDESA, OLIVARES, RODELA.

CONDESA. (Bajo á Olivares.) Pregúntele usted acerca del estado del general.

OLIVARES. Es que este demonio de hombre habla para mí una lengua desconocida... Probaremos. ¿Conque el señor general tan satisfecho, tan alegre...

RODELA. Lo ques alegre... paese questá alegre; pero vayasté á sabé por aentro cómo andará la prosindanga.

OLIVARES. La prosin... (¡qué palabrota será esta?) (Á la Condesa.) ¿Ha entendido usted?

CONDESA. (Bajo.) Hágale usted hablar.

OLIVARES. Hola!... ¿Conque parece que la por... sin... dinga... ¿No ha dicho usted así?

RODELA. Zobre poco má jo méno, ayá cevá.

OLIVARES. ¿Y qué opina usted de esa señora?

RODELA. Yo? cáy muncha mar de resaca.

OLIVARES. ¿Cómo puede usted saber eso? ¡Si estamos á treinta leguas de la costa!...

RODELA. Pu jay verasté. Lo ques mar, hay muncha mar; y á la virason de mañana ya habremos tomao la guerta da juera.

CONDESA. ¡Ah!

OLIVARES. (Á la Condesa.) ¿Eh? ¿Ha dicho algo?

CONDESA. Sí; déjeme usted con él á solas.

OLIVARES. (Retirándose por la derecha.) ¡Santa palabra! Maldito si

le he entendido ni media. Este hombre no pertenece á la raza latina.

## ESCENA XI.

CONDESA, RODELA.

CONDESA. Dime la verdad. ¿Es cierto que tu amo se propone alejarse de este sitio?

RODELA. Señá Condesa... perdone su señoría, pero no tengo premisio pa jablá con su mersé.

CONDESA. ¿Te lo ha prohibido?

RODELA. (Vacilante.) Zobre que yo no sé ná!

CONDESA. No mientas, Rodela. Tú lo sabes todo: conoces nuestra historia: has salvado la vida á tu amo; posees su confianza, y no puedes ignorar sus más ocultos pensamientos.

RODELA. (Dándole vueltas al sombrero.) Pero... como yo soy así... un hombre burdo... y en jablando, cáblo con presonas de primera cámara, como su selensia, me jago un oviyo y me enreo... digo pá mí, con er zalero elmundo... ¡Roeliya! punto en boca y aférrate á la banda. En su semelitú, viro en reondo... y hasta más vé, zeñá Condesa.

CONDESA. (Con energía.) ¡No te irás! ¡no te irás! me va en ello más que la vida... ¿Cuáles son los proyectos de tu amo? ¿vá á partir? ¿adónde?

RODELA. (Con sorna.) Yo creía ca su manifisensia no l'importaba ná que cargáran con mi amo lo sangelito so los mengues.

CONDESA. No!... no has creido bien, porque sin duda has olvidado el vivo interés que me ha inspirado siempre tu general?

RODELA. Ya!... Pero como aqueyo sarrematό... y su mersé le dió po la quiya...

CONDESA. No puedes comprender los móviles que entónces me impulsaron. Hice lo que podia y lo que debia hacer!

y no estoy arrepentida. Pero hoy un suceso inesperado, providencial, ha cambiado bruscamente las condiciones de nuestra existencia, y debo someterme á lo que exigen otros deberes no ménos sagrados. Dime, pues... por lo que más ames, ¿está resuelto á partir?

RODELA. (Con calor.) ¡Y cá daser el probesiyo? Él, bien cá buscao la querensia año tra saño... ¿y qués lo ca encontrao? ¡Siempre atrancá la puerta!... Él... bien cá suspirao... y naide la respondió; y aunqués ú nombre mu duro y mu arriscao, tiene echá de sus sojos má sagua cuna juente é vesindá. ¿Qué má se le pué peir? Convensio de que pa él no hay ma q'esamparo y soleá, ha dicho... ¡Pus nagensia!... Y ayá vamo sin rumbo conosio... ¡Qué lástima dombre... con un corason comunas perlas!...

CONDESA. ¡Corazon! ¡corazon! ¿puede tenerlo bueno quien habiendo encontrado una hija adorable, se aleja de ella... la abandona...

RODELA. Es que... como nos ayevamos á la niña...

CONDESA. (Dando un grito.) ¡Ah!... ¡qué...

RODELA. (Dándose una palmada en la boca.) (¡Juy!... Ya se me descapó!...)

CONDESA. ¿Qué es lo que has dicho? ¿pretende arrebatarme á mi hija? Eso sería el colmo de la insensatez, de la crueldad... Eso no puede ser... primero me arrancará la vida!

RODELA. (¡Ea! ya sarmó el belen...)

CONDESA. Vé allá; dile que inmediatamente quiero verle, hablarle... ¡que ahora soy yo la que le pide una entrevista!

RODELA. (Confuso.) Pero.., ¡señá Condesa! ¿Con qué cara voy yo...

CONDESA. (Sollozando.) ¿Quieres que te lo pida arrodillada?

RODELA. ¡Eso no!... Cómo he queré yo asemejante informaliá?... Pero... (Está visto, en diquelando que diquelo yorá á una mujé... me blandeo... y...)

CONDESA. ¡Ay! no te detengas... ¡por Dios...

RODELA. (Con resolucion.) Pu señó... hay que liase la capa á la cabesa... ¡Vamos jayá!... (Lo dicho!... no soy má cun jarambé...) (Se retira por la izquierda.)

## ESCENA XII.

LA CONDESA, despues MARÍA.

¡Llevarse á mi hija... arrebatarme un tesoro de inmensa felicidad en el momento en que acabo de encontrarlo! ¿Será capaz de tan cruel violencia un hombre que me ha querido tanto... ¡tanto!? ¿Quién sabe?... La ceguedad de su pasion no le ha dejado comprender nunca las razones á que ha obedecido mi retraimiento... Su amor propio ofendido, tal vez le lleve á los extremos de una venganza... Y... ¡hoy que me pedia, me suplicaba que un nuevo lazo legitimára nuestros amores!... ¡Quién hubiera adivinado lo que despues... ¿Será ya tarde? ¿Se habrán secado ya las fuentes del sentimiento en aquel corazon tan apasionado? ¡Qué incertidumbre tan espantosa! Bien sabes ¡Dios mio! que he querido obrar bien, expiar los errores de mi juventud... ¡Ah! ¡no me hagas pasar por la horrible prueba de volver á separarme de mi hija! ¡Mi hija!... Y... ¿adónde está? ¿por qué no la tengo entre mis brazos?... María! María!...

MARIA. (Dentro.) ¡Mamá!...

CONDESA. (Respirando con satisfaccion.) ¡Ay! es ella... la vuelvo á ver... su voz ahuyenta mis temores.

MARIA. (Saliendo por la izquierda.) Aquí estoy, mamá.

CONDESA. (Abrazándola.) Ven, escóndete en mi seno... ¿Le has visto?

MARIA. Sí.

CONDESA. Y has llorado... ¿te ha recibido mal?

MARIA. No señora; con las mayores muestras de cariño.

CONDESA. ¿Qué te ha dicho?

MARIA. Eso es la causa de mi llanto.

CONDESA. ¿Pues... qué.

MARIA. Me ha dicho que me disponga para partir con él...

CONDESA. ¿Con él? ¿sola? ¿cuándo?

MARIA. Mañana al romper el dia.

CONDESA. ¡Mañana!... Voy á verle...

MARIA. Venía detrás de mí... y ahí llega.

CONDESA. Vete: déjame á solas con él... No escuches lo que hablemos... enciérrate en mi habitacion.

MARIA. Y de ella no saldré hasta que mi madre...

CONDESA. (Abrazándola.) ¡Hija del alma!... ¡Vete!... (María se retira por el fondo.) ¿Dios mio! ¡Alumdrad mi entendimiento para que logre convencer á este hombre!

## ESCENA XIII.

CONDESA, GONZALO.

GONZALO. ¡Oh, Condesa!... buenas tardes.

CONDESA. (Muy afectuosa y procurando disimular su emocion.) Gonzalo, vien venido... Me complazco mucho... que te hayas anticipado á mis deseos... y te lo agradezco profundamente.

GONZALO. ¿Y por qué esa gratitud? No comprendo...

CONDESA. ¿No me buscabas?

GONZALO. ¿Yo?... no señora; buscaba al doctor... Y permítame usted que le advierta que distraida, sin duda, me favorece con un tratamiento que, por decreto de usted, está prohibido entre nosotros.

CONDESA. Eso fué esta mañana... pero despues creo que ha sucedido algo tan inesperado, tan importante, que nos obliga á rectificar nuestros acuerdos.

GONZALO. En efecto; algo ha sucedido... pero no veo la necesidad de ninguna rectificacion.

CONDESA. Contaba para ello con su generosidad.

GONZALO. ¡Con mi generosidad!... Y ¡usted!... Já!... já!.. já!... Cierto; yo poseía un tesoro de generosidad; era lo que se llama un hombre generoso... un Creso de generosidad; pero en los últimos años he gastado,

tanto y ¡tanto!... de ella, que al fin ha resultado... lo que resulta siempre que se vive del capital; que llega un dia en que el capital se acaba...

CONDESA. No!... eso no es posible.

GONZALO. Tan posible, señora, que bajo ese punto de vista, soy el banquero más quebrado, más arruinado y más aniquilado de los orbes.—Pero eso no importa; á falta de generosidad, puede usted contar con mi franqueza.

CONDESA. Confio en que por muy abatida que se encuentre su moral, le habrá quedado voluntad suficiente para comprender lo delicado de mi situacion.

GONZALO. ¡Ay señora!... Se ha cuidado usted tan poco de l mia, que no me ha dejado fuerzas para pensar en la de nadie.

CONDESA. Hace unas pocas horas se expresaba usted de un modo tan distinto...

GONZALO. Hace unas pocas horas hice brillar ante sus ojos las últimas llamaradas de una hoguera que se extinguía: hace unas pocas horas envié á usted los clamores de un náufrago que le tendia sus brazos suplicantes... Usted no quiso alimentar la hoguera: usted retiró su mano al que cifraba en ella su postrera esperanza... y sucedió lo que no podia ménos de suceder; que la hoguera se apagó, y el náufrago desapareció debajo de las aguas.

CONDESA. Pero esa hoguera aún puede volver á animarse... aún puede haber salvacion para ese náufrago.

GONZALO. Es tarde, señora; es ya muy tarde... La gota derramó el vaso... De la hoguera sólo queda un monton de cenizas frias, y el náufrago no há menester de salvacion... es ya un cadáver.

CONDESA. ¡Qué trasformacion moral tan espantosa!

GONZALO. Eso mismo decia yo por usted esta mañana.

CONDESA. Gonzalo... dudo mucho de que los condenados á un eterno suplicio padezcan lo que estoy padeciendo en este instante.

GONZALO. Por ahí comprenderá usted lo que habré experimentado en diez años de martirio.

CONDESA. Pero yo no he querido martirizarle... sólo he pensado en cumplir con mis deberes.

GONZALO. Es verdad, señora; usted sólo ha pensado... en usted: ha querido vivir tranquila y se ha despojado de sus sentimientos con la misma facilidad que se arroja una prenda que no sirve para nada.—El amor es muy bello, sí, muy bello; pero no está exento de inconvenientes, de penalidades, de sacrificios.—Usted no se ha conformado con esta parte del amor, y ha buscado la ventura por la senda de los cómodos. Perfectamente; ya está usted viendo adónde le ha llevado ese camino: ni está usted tranquila, ni es usted feliz, ni austeramente virtuosa. Creía usted avanzar por el camino de todas las perfecciones, y ha equivocado la senda... ese es el castigo que la Providencia suele enviar á los egoistas. ¡Ah señora! No hay virtud sin abnegacion: no puede haber felicidad cuando se funda en la desgracia, en el dolor de nuestros semejantes¡

CONDESA. Oigo á usted con el recogimiento de una penitente: ha descargado usted sobre mi pobre cabeza todo el arsenal de sus desdenes. Mi angustia es grande: in humillacion completa... Creo que no pensará usted en llevar más lejos su venganza.

GONZALO. Ni más lejos ni más cerca, porque esto no es una venganza; es la consecuencia natural de su conducta de usted para conmigo. Habia resuelto callar; pero usted me provoca... ¿qué debo hacer? contestarle atentamente, pero bajo el punto de vista en que su espontánea voluntad me ha colocado. ¿Es esto una venganza?

CONDESA. Sí señor, y de las mas crueles. Veo que ha cerrado usted su corazon á los sentimientos más nobles y elevados.

GONZALO. Gracias, señora... eso es redondear períodos de un

sentimentalismo que no puede existir entre nosotros. No violentemos los hechos y procedamos, si no con amor, con la calma y buena fe que proceden los espíritus honrados. Nada de frases; al hecho, á la verdad; y la verdad es esta. Amaba á usted hasta rayar en la idolatría, y usted escogió ese momento para abandonarme: asombrado, pedí explicaciones, y usted se negó á dármelas: busqué á usted, y usted evitó cuidadosamente mi encuentro. Hoy, la casualidad nos ha reunido: he querido olvidarlo todo... he ofrecido á usted mi mano... y usted, usted...

CONDESA. Yo... ¿y si ahora la aceptára?...

GONZALO. Ah!... ¡bah!... señora; «ya no somos jóvenes... á nuestra edad esos propósitos parecen siempre extravagantes!...» ¿No son estas las palabras de usted de esta mañana? ¿Pues de qué se queja usted? ¿Qué culpa tengo de que se haya usted complacido en destruir mis esperanzas? ¿Corta usted las alas á un pájaro y luégo se admira de que no vuele? Verdaderamente, señora, que es usted incomprensible.

CONDESA. Pero yo ignoraba esta mañana que existia nuestra hija.

GONZALO. ¡Ah, ya! ¿lo ignoraba usted? y yo tambien, lo cual no fué un obstáculo para que siguiera amando á usted... por usted sola.

CONDESA. ¡No me atormente usted más!

GONZALO. No soy yo; es usted la que se atormenta... Prescinda usted de mí como ha prescindido en tantos años, lo que no debe serle molesto ni difícil, porque eso es ya en usted una costumbre.

CONDESA. ¿Pero y nuestra hija? ¡nuestra hija! ¿No comprende usted que por ella no debo detenerme ante ningun sacrificio?...

GONZALO. Por ella... ¡sólo por ella!... Sí señora, lo comprendo todo y eso honra mucho su ternura maternal; si bien no dice nada en favor de la amante desdeñosa. ¿Quiere usted sacrificarse por su hija? es muy natu-

ral y ella debe agradecérselo mucho; pero ¿yo! yo no entro por nada, bien lo sabe usted, en esa explosion póstuma de sus amores. Si nuestra hija no hubiera parecido, seguiría usted renegando de mí como renegaba hace dos horas.

CONDESA. Me van faltando las fuerzas para sostener una lucha que es agena á mi carácter... Se aprovecha usted de todas las ventajas de su posicion... y no sé cómo hacerle comprender que pienso en este momento de una manera muy distinta de la que pensaba hace dos horas..

GONZALO. No se moleste usted, porque estoy convencido de ello. Sé que sus ideas han experimentado un cambio radical, brusco, instantáneo... pero no por mí: no porque el arrepentimiento haya impulsado su corazon á indemnizarme de tanta injusta esquivez, de tan crueles tratamientos; sino por la aparicion de su hija, que de repente ha salido de la profundidad de lo ignorado.—Hace un momento no se me aceptaba ni como amante, ni como esposo... vamos, no servia para nada. Ahora se me busca porque se me necesita para... llenar una formalidad, á la que da usted grandísima importancia. Pues bien, señora; he ofrecido hablarle con franqueza, y aunque se escandalice al escucharme, debo declarar que no soy de los hombres que sacrifican la ley del sentimiento á ese comodin que llaman la ley de la conveniencia.

CONDESA. ¿Es decir que abandona usted á su hija?

GONZALO. ¡Qué he de abandonar! no señora; todo lo contrario... pues si voy á consagrarme á ella... sólo á ella, con todo mi corazon.

CONDESA. Pero ¿qué título, qué nombre va á llevar esa niña ante las gentes.

GONZALO. ¿Qué título? el de mi hija: ¿qué nombre? el mio, que es tan bueno como el mejor.

CONDESA. ¿Y su reputacion... y su honor?... y el mundo?

GONZALO. ¡Su honor! ¡su reputacion! ¿quién se atreverá á poner

en duda el uno ni la otra? ¿Qué culpa tiene esa niña de la locura de sus padres? Ha crecido honrada al lado de una familia modesta, y seguirá siendo honrada al lado mio. ¡El mundo! Tranquilícese usted; el mundo no es ya tan intolerante que se preocupe gran cosa de la genealogía de los vivientes. Acoge á cada cual segun sus obras, y como las de mi hija serán buenas, la acogerá con el respeto merecido. Perfeccionaré su educacion: viajaré con ella: todas mis riquezas serán suyas; la rodearé con esmero de cuanto pueda hacerla feliz, y no lo dude usted, ya habrá más de un despreocupado que se honre solicitándola para esposa.

CONDESA. ¡Y hablaba usted de mi egoismo!... ¿qué nombre podrá darse á su conducta? Tenemos una hija, y la quiere usted toda para sí... ¡intenta arrebatármela! ¡Dios mio! ¡qué es entónces lo que va á quedarme sobre la tierra!

GONZALO. Lo que usted más ama; lo que en tantos años de perseverancia ha logrado conquistar. Le queda su gran opinion: la fama de sus austeras virtudes... la especie de aureola de santidad con que las gentes la contemplan, y la satisfaccion de haber cumplido aquella ruda penitencia de que me hablaba esta mañana. ¿Le parece á usted poco? Pues ¿qué diré yo, señora; que habia quedado reducido á la clase de cabo suelto en la madeja de la vida? Muertas mis ilusiones, muertas mis esperanzas, desencantado como jamás lo ha sido ningun hombre, ¿para qué servia ya mi existencia en este mundo? Pero, Dios, que mira con piedad á los pecadores francos, á los que no pretenden parecer mejor de lo que son, me ha enviado un ángel y revelado por su medio una segunda vida, que de seguro será más juiciosa, más templada que la primera.

CONDESA. (Con solemnidad.) ¡No lo espere usted!... Esa segunda vida no existirá para usted nunca.

GONZALO. Mucho afirmar es.

CONDESA. Afirmo la verdad.

GONZALO. ¿Y quién podrá oponerse?

CONDESA. (Con energía.) Yo!... yo, que he llegado al límite á donde puede llegar una mujer, una madre atribulada.—¡Me está usted viendo llorar, y se complace en ver correr mis lágrimas!

GONZALO. (Con ímpetu.) ¡No señora! no me es grato ver los sollozos de nadie; pero tampoco me dejo arrastrar ciegamente por ellos. En el mundo todo tiene su lógica, hasta las lágrimas, y yo carezco de poder para alterar las leyes naturales. ¡Las lágrimas!... las lágrimas! ¿no las he vertido yo en mis horas de abandono y de flaqueza? ¿No lo sabia usted? Una sola palabra me hubiera hecho feliz... Y sin embargo, esa palabra no quiso usted que sonára en sus labios frios, indiferentes. ¿Cómo han de tener sus lágrimas un derecho que negó usted á las mias? Por obra de usted atormentado, rendido, me despedí de mis amores... ¡casi de la vida! ¿y cree que unas pocas lágrimas ahora pueden reparar todo ese estrago? ¿Qué idea tiene usted del corazon? ¿Ha imaginado que es un juguete cuyo movimiento se regula segun la voluntad, el cálculo ó el capricho del que lo maneja? Yo no puedo decir al mio; «deja de latir:» y á poco, «vuelve á la vida,» sin que preceda la divina espontaneidad al humano mandamiento. Y vea usted por qué sus lágrimas, aunque inapreciables, no logran resucitar lo que mataron sus desvíos.

CONDESA. (Pasándose el pañuelo por los ojos.) No las verá usted correr desde hoy en adelante: quedan secas para siempre.... pero no espere usted que me desprenda de mi hija.—Hemos concluido.

GONZALO. Ya veremos...

CONDESA. ¡Lo veremos! (Retirándose por el fondo.) ¡Primero tendrá usted que arrancarme las entrañas!

## ESCENA XIV.

GONZALO.

Bah!... no habrá necesidad de tanto... Ya veremos de quién es la partida. Pero... si despues de todo, se empeña en contradecirme, en que he de ser eternamente su víctima, entónces ¡vive Dios!... entónces... (Levantando una silla y rompiéndola al dejarla caer.) ¡iré hasta la violencia!

## ESCENA XV.

FLORENTINA, GONZALO.

FLORENT. (Dando un grito.) ¡Ay!

GONZALO. ¿Eh?... No se asuste usted, señora, no ha sido nada, una silla rota.

FLORENT. Ya lo veo, pero me sorprende encontrar á usted rompiendo muebles, cuando le suponía en el colmo de la felicidad.

GONZALO. Así debia ser, pero hay quien se empeña en mortificarme, en sacarme de quicio, en someter mis legítimos deseos á su veleidosa voluntad, y vea usted por qué me encuentra dado á todos los demonios.

FLORENT. ¡Cosa rara!... ¡Usted que tiene un carácter...

GONZALO. (Con violencia.) ¿Verdad que soy un hombre apacible...

FLORENT. Á la vista está...

GONZALO. ¿Que no soy ningun mónstruo?

FLORENT. ¿Qué ha de ser usted?... Todo lo contrario.

GONZALO. Pues ahí tiene usted á la Condesa, que no quiere que me lleve á mi hija, que me amenaza, que me cohibe...

FLORENT. Pero... ¡qué! ¿va usted á separar á María de su madre?

GONZALO. Claro; puesto que su madre y yo somos incompatibles.

FLORENT. Pues es muy natural que se oponga la Condesa.

GONZALO. (Furioso.) ¡Cómo natural!...

FLORENT. Sí señor; ¿cómo quiere usted que una madre...

GONZALO. ¡Vuelta con la madre! ¿Y el padre, no significa nada? Dejaría usted de ser mujer si no tomára su partido...

FLORENT. No, perdone usted; sobre este particular, todo e mundo dirá á usted lo mismo.

GONZALO. Y todo el mundo se equivocará. (Olivares precipitadamente por el fondo.)

## ESCENA XVI.

FLORENTINA, GONZALO, OLIVARES.

OLIVARES. Florentina!... Florentina!!

FLORENT. Aquí estoy... ¿qué es ello?

OLIVARES. Anda, corre; al lado de la Condesa haces más falta que aquí... Unas tazas de tila, el éter, unas fricciones... Vamos, ¡vuela!

FLORENT. Voy... ¿qué habrá sucedido?... (Se retira por el fondo.)

## ESCENA XVII.

GONZALO, OLIVARES.

OLIVARES. (Cruzado de brazos.) Pero es posible, señor general, que tenga usted blindadas las entrañas?

GONZALO. ¿Por qué me dice usted eso?

OLIVARES. ¿Por qué ha de ser?... Considere usted que esa infeliz madre...

GONZALO. ¡Otra madre tenemos?... ¿Tambien usted aboga por mi implacable enemiga?

OLIVARES. ¿Y qué quiere usted que haga, si el estado de la pobre señora no puede ser más augustioso...

GONZALO. Eh!... los nervios... pamemas... ya se le pasará.

OLIVARES. Ó no se le pasará; ¿quién sabe lo que podrá acontecer? La prueba á que usted la sujeta, seamos francos, es durísima, atroz...

GONZALO. Será todo lo que usted quiera; pero yo sé lo que hago y le ruego que no se mezcle en un asunto que por su

naturaleza especial, á mí sólo pertenece.

OLIVARES. Bien, señor general; si á usted le parece eso justo, nada tengo que añadir. Pero creía que el amor, el vigilante esmero con que he criado á su hija, me concedian algun derecho para inmiscuirme sin pecar de importuno...

GONZALO. Le dan un incontestable derecho á mi eterna gratitud, y justamente para demostrárselo he buscado á usted en varios sitios. (Dándole una cartera.) Sírvase usted aceptar esta pequeña muestra de mi profundo reconocimiento.

OLIVARES. (Tomando la cartera y sin abrirla.) Y ¿qué es esto?

GONZALO. Una frusleria, un justísimo tributo de mi agradecimiento, con el cual puede usted dejar de tomar pulsos y retirarse á descansar en el momento que le plazca.

OLIVARES. ¿Es decir... ¡dinero! el pago de mis desvelos y cuidados por la crianza de María?... No quiero negar á usted que soy algo codicioso, y que me agrada mucho utilizarme de mi trabajo; pero... *Nemo pane vivit homo*, señor general, y hay ciertos servicios que no es el dinero el que los paga... Recoja usted su cartera, y no hablemos de ello más.

GONZALO. (Guardándosela.) Bien... no he querido ofender la delicadeza de sus sentimientos.—Me proponía ser á usted útil, y que llegára al término de su carrera con el posible desahogo; pero ya buscaré otro medio que sea para usted más agradable.

OLIVARES. Ninguno hallará usted que me sea más grato que el de verle reunido, contento y feliz con su nueva familia.

GONZALO. No vuelva usted á tocar ese registro; no se moleste usted, será en vano; mi resolucion la creo justa y por lo tanto inalterable.

OLIVARES. Pero óigame usted...

GONZALO. No quiero oir: estoy ya harto de súplicas y gimoteos... Rodela!... Rodela!...

OLIVARES. (Retirándose por el fondo.) (Hay que echar mano del último recurso... ¡la chica!)

GONZALO. ¡Rodela!! (Sale éste por la izquierda.)

## ESCENA XVIII.

GONZALO, RODELA.

RODELA. Zeñó!

GONZALO. ¿Dónde demonios te metes?

RODELA. Poraí andaba apañando unas cociyas...

GONZALO. ¿Para la marcha? bien.—¡Gracias á Dios que me veo libre de importunos. Pero volverán á la carga... ¿no han de volver?... Y eso hay que evitarlo: hay que anticipar la salida... lo que había de ser mañana tendrá que ser esta noche... ¿Está ya todo listo? Pon provisiones y abrigos en mi silla y que enganchen al momento.

RODELA. ¿Pa qué?

GONZALO. ¿Cómo que para qué? Para marcharnos.

RODELA. ¿Con la niña?

GONZALO. Con la niña.

RODELA. ¿Zola?

GONZALO. Con nosotros dos. ¿Á qué tantas preguntas?

RODELA. Vamo... jeso no pué sé.

GONZALO. Eh?... ¿qué estás diciendo, tunante? ¿Te atreves á discutir mis órdenes?

RODELA. ¡Mi generá!... Yo no iscutio el mandao é su celensia; zolo igo á su mersé quel dirno jasí... tan á descape... vamo, jeso no pué sé!

GONZALO. (Reprimiéndose.) Hombre... me parece que te vas á encontrar con veinticinco palos... ¿Por qué no puede ser?

RODELA. Poique su mersé ha sio siempre un hombre mu completo, y tendrá que serlo toa su via.

GONZALO. He sido y seré lo que me cuadre, y eso nada tiene que ver con el asunto de que tratamos.

RODELA. Pu ja eso voy. Su celencia sabe que Roela é zun pe-

tate, pero con muncha lei á la presona d'osté. Cuando su zeñoría en los tiempos pasaos amorraba la cabesa y largaba aquellos suspiritos, que los tengo clavao saquí, habría yo pasao porojo tó el copete é las condesas y bironesas é la cristiandá. Pero aquello ya pasó: la que mo jasia de rabiá, hoy está jecha una Maalena... y aluégo mo já salio una niña comuna maseta é filitropio, capás de quitá las penas á un entierro. Y digo yo... Pu zeñó; si la señá Condesa es la mare é su hija, y sá tirao ar suelo y arriao er paviyon, ¿con qué cara le vamos á quitá la cria?... Pu si tuve yo una perriya... y cuando le quité er cachorro m'arrimó una mordeura... que...

GONZALO. (Paseándose y con creciente impaciencia.) ¡Rayos... No sé cómo te sufro... ¿Tambien has entrado en el complot? Se conoce que todo el mundo se ha puesto de acuerdo para desesperarme...

RODELA. Pu jeso argo quié isí. Cuando to er mundo ise... que ise... q'una cosa no va erecha... ¡no marra! la cosa va torsía.

GONZALO. Rodela... estás abusando de mi paciencia, y ya sabes que no es mucha. Acortemos las palabras, y haz lo que he mandado.

RODELA. En to lo semiferios no hay un súdito más humirde que Roela. Yo he seguio á su mersé po la má y po la tierra com'un perro... siempre ispuesto á pelearse pore l'amo. Siempre se mancontrao é nel peligro y en l'obedensia; pero si ahora su zeñoria quié jasé una barrabasá y llená de pesaumbre á dos probes mujeres, mi generá. jablemos claro, ¡yo no jago ezo!

GONZALO. (Con ira asiendo de una silla.) ¡Miserable!... ¿me insultas... ¡Te voy á...

RODELA. (Con calma.) ¡Mi generá! Er cá sabío recibí dos balasos... que no venian pa este cuerpo, no ha de cayase ahora la verdá por siyetaso ma jo méno.

GONZALO. (Soltando la silla.) Vete... ¡vete!... que no te vuelva á

oir...

RODELA. Mi generá... la coléra é zuna cosa... y otra cosa es la rason...

GONZALO. Vete!... vuelvo á decir, ó vive Dios, que mi furor...

RODELA. (Retirándose por el fondo.) (Ejemo que la nube l'esajogue.)

## ESCENA XIX.

GONZALO.

¡Todos en contra mia! ¡Todos de acuerdo para que la Condesa, el orígen de todas mis desgracias, se salga con la suya!... Pero señor, ¿es posible que nadie quiera comprender la justicia de mi causa? ¿No se me ha herido con todo género de humillaciones? ¿No se han despreciado mis súplicas? ¿No se me ha tratado sin piedad, sin cuartel, sin generosidad?... ¿Pues cómo quieren que ahora sea yo tierno, compasivo y generoso? ¡Es cosa para estallar!... Pero sin duda, no lo ven así la Condesa, ni el doctor, ni la doctora, ni hasta ese animal de Rodela... que es un bruto... Un bruto, sí, pero leal, bueno y honrado como pocos... y bravo como un leon.—Por él no caí en Mindanao: él me cubrió con su cuerpo... y cayó, sin una queja, á mis piés atravesado... Y cuando él, con tanto corazon, con su buen instinto se atreve á contrariarme... ¡Dios mio!... ¿habré llevado demasiado léjos mis ideas?... ¿Será... que no tendré razon?! (Dejándose caer en una silla.) Me rinde la fatiga... hay para volverse loco... (Lleno de emocion, se cubre el rostro con las manos. Han salido por el fondo María y Olivares: éste trae en un plato un vaso lleno de agua. La Condesa pálida y el cabello en desórden, apoyada en Florentina y seguidas de Eladia. Detrás Rodela. Todos avanzan silenciosamente. Rodela se queda en un rincon hasta su tiempo.)

## ESCENA ÚLTIMA.

TODOS.

OLIVARES. (Á María en voz baja y dándole el plato con el vaso.) Toma, hija mia... acércate, y Dios vaya contigo.

GONZALO. (Hay que decidirse...)

MARIA. ¿Padre mio?

GONZALO. (Volviéndose.) Qué... ¿Eres tú, vida mia?

MARIA. Yo, sí; su pobre hijíta, que desea cuidarle, que vela por su salud. Y como es la hora de tomar la medicina, le traigo...

GONZALO. ¿Y qué es eso?

MARIA. (Con intencion.) Esto... es un vaso de agua... de la FUENTE DEL OLVIDO.

GONZALO. (Incorporándose.) Ah!... y es verdad; aún no la he probado... (Reparando en la Condesa y en los demas.) Calle!... ahí está la Condesa... y el doctor... y todos... Me parece como que salgo de un sueño penoso... Bien! (Tomando el vaso.) ¿Conque un vaso de agua de la FUENTE DEL OLVIDO?... (Despues de mirarlo al trasluz, se acerca á la Condesa.) Condesa... ¿no tiene usted sed?

CONDESA. (Arrebatándole el vaso con ambas manos y bebiendo con afan.) ¡Mucha! ¡mucha!!...

GONZALO. (Quitándole el vaso.) Eh!... déjeme usted algo... que tambien tengo mucho que olvidar. (Lo apura.)

MARIA. (En medio de la Condesa y Gonzalo abrazándolos.) ¡Ah!... padres de mi alma!... ¡Todo olvidado!...

CONDESA. Sí; todo olvidado... ¿no es cierto que lo olvidas todo?

GONZALO. Y ¿qué he de hacer? ¿no acabamos de beber el agua del olvido?

MARIA. ¡Qué felices vamos á ser!

OLIVARES. (Á Florentina.) ¡Diga usted luégo que el agua de mi fuente no hace maravillas!

RODELA. (Incado de rodillas y abrazando una pierna de Gonzalo.) ¡Mi generá!...

GONZALO. (Sin mirarle.) ¿Quién anda ahí?

RODELA. Zoy yo... Roeliya, que viene por aqueyos veintisinco é cueyo guelto.

GONZALO. Bien los mereces, perillan. (Levantándole.) Por ahora toma unos cuantos apretones (Le abraza, y despues lo empuja hácia Eladia.) y que Eladia se encargue de aplicarte el resto de la condena.

RODELA. (Batiendo palmas.) ¡Ole con ole... y viva mi amo!...

OLIVARES. (Sollozando y tendiendo los brazos á Gonzalo.) General!... si no lloro me voy á congestionar.

GONZALO. (Estrechándolo en los suyos.) ¡Ah, buen doctor! corazon de oro... Míreme usted como á un hermano, y prevenga al párroco que mañana hay que celebrar dos matrimonios, el mio y el de Rodela.

OLIVARES. ¿Mañana?

GONZALO. Sí señor, mañana; porque no admiten más dilacion los efectos del agua... de la milagrosa FUENTE DEL OLVIDO.

(Efusion de alegría entre los que están en la escena, y cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

París, 25 de Octubre 1870.

# ADICION

## AL CATÁLOGO DE 1.° DE OCTUBRE DE 1872.

| TÍTULOS. | Actos. | AUTORES. | Prop. que corresponde |
|---|---|---|---|
| **COMEDIAS Y DRAMAS.** | | | |
| Contra ira... latigazos | 1 | Mota y Gonzalez | Todo. |
| Creer lo que no es | 1 | Carbou y Ferrer | » |
| El mártir de la duda | 1 | Rubí y Navarro | » |
| Haz bien sin mirar á quién | 1 | Rubí | » |
| La bola negra | 1 | Zapata | » |
| La fuerza de la razon | 1 | Rubí | » |
| Poesía lírica | 1 | Perales | » |
| Quiero ser hombre | 1 | Rubí (D. Tomás) | » |
| Quítese usted la ropa | 1 | Mota y Gonzalez | » |
| San Jorge por Aragon | 1 | Escamilla | » |
| Un desertor de París | 1 | Saquero | » |
| ¡Vivan las economías! | 1 | Huici | » |
| Crisálida y mariposa | 2 | García Gutierrez | » |
| El príncipe Hámlet | 3 | Coello | » |
| La fuente del olvido | 3 | Rubí (D. Tomás) | » |
| La razon de la fuerza | 3 | Retes y Echevarría | » |
| **ZARZUELAS.** | | | |
| En el espacio | 1 | Ruiz | M. |
| Entre dos fuegos | 1 | Saquero y Gisbert | L. y M. |
| La bola negra | 1 | Zapata | L. |
| Los pájaros del amor | 1 | Navarro, Povedano y Reparaz | L. y M. |
| ¡Ojo, artistas! | 1 | Barranco y Ruiz | L. y M. |
| El entrometido | 2 | Rubio (Mitad.) | M. |
| El conde y el condenado | 3 | García Gutierrez y Larra | L. |
| El rigor de las desdichas | 3 | Rubio (Mitad.) | M. |
| El tributo de las cien doncellas | 3 | Barbieri | M. |
| Sueños de oro | 3 | Barbieri | M. |

**Advertencia.** Han dejado de pertenecer á esta *Administracion* las obras dramáticas de D. Jerónimo Moran.

# PUNTOS DE VENTA.

## MADRID.

Librerías de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Sres. Medina* y *Navarro*, calle del Arenal, y de *Durán*, Carrera de San Jerónimo.

## PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.